

D. Thomas Curtin

# Diez meses en Alemania

Memorias  
de un testigo presencial

Versión directa del  
inglés al castellano  
por  
Carlos Moysi

MAHÓN

Establecimiento tipográfico de M. Sintes Rotger  
Plaza del Príncipe, 11

1916



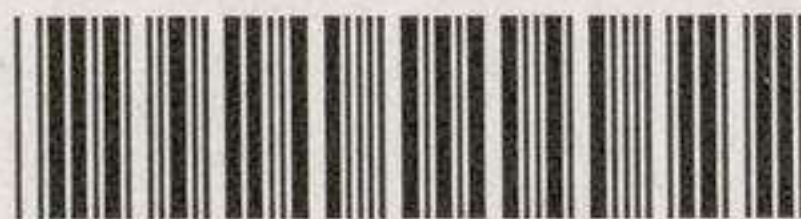




66-42

Thomas Corn  
Diez meses  
en Alemania  
memorias de un mes y su personal

Diez meses en Alemania



1064657  
SM 1897







SM  
1897

D. Thomas Curtin

---

# Diez meses en Alemania

Memorias de un testigo presencial

---

Versión directa del inglés al castellano  
por Carlos Moysi



MAHÓN

Est. tip. de M. Sintes Rotger, sucesor de B. Fábregues y de M. Parpal  
Plaza del Príncipe, 11

1916



R. 66.493









## Prólogo

**E**STA obrita contiene una serie de interesantes artículos escritos por el culto escritor americano Mr. D. Thomas Curtin, que ha permanecido diez meses en Alemania investigando minuciosamente las condiciones militares, políticas, sociales y económicas de dicho País, obtenidas en las grandes ciudades, centros manufactureros y distritos rurales del Imperio.

Dichas memorias son obra de la investigación personal, concienzuda y digna de crédito, de un pensador ilustre y abarcan el primer trabajo verdaderamente independiente y totalmente comprensivo, que acerca las condiciones actuales de la vida en Alemania, haya visto la luz pública hasta la fecha.

Al pasar el lector su vista por estas páginas, comprenderá en muchos casos la enorme disparidad que existe en-



*tre lo que aquí se manifiesta y lo que permite circular la férrea censura alemana, y por la gran variedad de detalles que suministran, se hará perfecto cargo del complicado y laborioso sistema por el cual, el Gobierno alemán trata de sustraer de la vista del público neutral, el verdadero y actual estado de su País,*







## CAPÍTULO PRIMERO

### A través de la frontera

**E**L poder entrar y salir de Alemania no es tarea fácil hoy en día, máxime si se sabe, que el interesado ha pisado suelo alemán alguna vez, antes de la terrible conflagración que asola Europa. Previendo el caso, decidí cambiar de punto de entrada, y de este modo salvar las dificultades que se ofrecían, explicándose así, el por qué he tenido tan sólo que vérmelas por dos veces, con el mismo cordón de inquisidores en la frontera.

En mis cuatro primeras visitas a Alemania durante la guerra, he seguido una ruta diferente. Mi primera entrada fué vía Trieste; la segunda por Holanda y Bentheim; mi tercera vía Suiza; la cuarta por Suiza y Principado de Liechtenstein y, finalmente, mi última aventura vía New-York y Rotterdam.

Partí de Londres hace un año para pasar una temporada en mi casa de Boston, cuyo espacio de tiempo empleé en preparar toda clase de documentos y credenciales, para la larga permanencia en Alemania, que iba dispuesto a emprender más tarde.

La empresa periodística que me había confiado tal misión,



me instruyó, para que obtuviera la mayor suma de datos e información militar y naval: asegurarme de las condiciones sociales y económicas de los distritos rurales y centros manufactureros, lo mismo que en las grandes urbes: rebuscar todo lo que podía espigarse en el campo de actividad zeppelinesca: ponerme en contacto, celebrando las interviús que fuera menester, con el mayor número posible de personalidades políticas y reflejar sus impresiones tocante a la guerra, así como referente a la cuestión que embarga en estos momentos la atención en Alemania, o sea el proyecto del ferrocarril a Bagdad: recoger las impresiones y transcribirlas fielmente acerca el estado de ánimo del pueblo alemán: y, sobre todo, procurar ser lo más minuciosamente exacto y verídico en mis crónicas y absolutamente imparcial, escribiendo en lenguaje sencillo y sin tendencias en pro ni en contra de aquel país.

Mis primeros trabajos periodísticos han sido anónimos casi en su totalidad. De ellos pueden recordarse «Conversaciones con alemanes» y alguna otra serie. En aquel entonces no firmé más que tres artículos, dos en el *Daily Mail* y uno en el *Evening News*. Ninguno de estos escritos podía perjudicarme en Alemania, ya que se referían tan sólo a la retirada de la Bukovina y otros asuntos parecidos. Eran, por tanto, perfectamente inocentes con respecto a la posición que iba a asumir cerca las autoridades alemanas, si se hubiese dado el caso de que éstas los hubieran leído. La minuciosidad con que se lleva el sistema de vigilancia sobre los pasajeros que entran y salen de Alemania, alcanza tales proporciones, que se puede comprender la magnitud de la misma, del hecho de que dos de mis crónicas citadas me fueron exhibidas en una ocasión.

### Preparativos para el viaje

**P**ARTÍ de Londres en agosto, y al llegar a Boston, mi ciudad natal, me puse a cavilar para escogitar los medios de llegar a Germania con tal suma de recomendaciones, que convirtieran mi viaje a través del Imperio en asunto relati-



vamente fácil y poder de este modo relacionarme con toda clase de gentes sin reparar en su condición.

Me consideré feliz en poder deshacerme de mi antiguo pasaporte, ya que el nuevo que adquirí en cambio, no daba ninguna indicación de mis anteriores viajes por Alemania y Austria durante la guerra, lo mismo que de mis varias visitas a Inglaterra.

Después de considerarlo detenidamente, llegué a la conclusión que me convenía muy mucho utilizar como base de operaciones mi antigua amistad con el Profesor Hugo Münsterberg, el célebre maestro de Harvard con quien estudié Psicología, y me confieso culpable de haberme servido de este digno teutón para asociarlo a mi empresa.

Le manifesté, y era la verdad, que me habían invitado para pasar a Alemania con objeto de hacer un estudio completo de la situación del país, y que, como era natural, deseaba facilidades para investigar la verdad y desempeñar mi misión.

Creyendo el Profesor, como buen patriota, que iba a prestar un señalado servicio a su causa, me dió una carta de recomendación para su amigo el doctor Drechsler, jefe del Instituto Americano de Berlín, y socio al mismo tiempo del Profesor Münsterberg en su acción pro Germania en los Estados Unidos.

Münsterberg, ahora que los azares de la guerra parecen haber tomado un sesgo algo desfavorable para su país, defiende a capa y espada la alianza de Alemania con los Estados Unidos y el Imperio Británico, a pesar de hallarse no ha mucho tiempo lleno de confianza en el triunfo de sus paisanos. En efecto, cuando Bulgaria entró en la contienda, recuerdo perfectamente cómo el buen Münsterberg, sentado en el sillón de su gabinete de trabajo del suntuoso edificio que alberga la Escuela de Filosofía de nuestro antiguo y delicioso Harvard, me exponía con viveza cómo la guerra se acabaría en mayo de 1916, con todos los pronunciamientos favorables para Germania.

Además de la empresa periodística por la cual iba yo comisionado, llevaba también la representación de importantes revistas y periódicos norteamericanos, cuyo último pretexto hice valer como razón ostensible para mi entrada en la *Vaterland*



como escritor, y al despedirme del Profesor Münsterberg, tenía ya el absoluto convencimiento de que no sería molestado en lo más mínimo en Alemania, mientras guardase el secreto de la principal misión que se me había confiado.

## En la frontera

**D**ESPUÉS de un viaje por mar, bastante malo por cierto, llegué a Holanda a bordo del magnífico trasatlántico «Rotterdam», a mediados de noviembre, y acto seguido, me dispuse a pasar la frontera alemana por Bentheim.

Mi primer intento fracasó completamente, pues es obvio que los alemanes no querían en aquellos momentos periodistas extranjeros que fueran a fisgonear en su país. Era el instante preciso en que los austríacos habían hecho volar el trasatlántico italiano «Ancona» en el Mediterráneo, al paso que iba aumentando la tirantez de relaciones entre Germania y los Estados Unidos, a consecuencia de la campaña submarina, y las autoridades alemanas, pretextando que yo no podía identificar mi nacionalidad por falta de certificado de nacimiento, me negaron bonitamente la entrada en su país. Cablegrafié en seguida a los Estados Unidos lo que me ocurría, impetrando auxilio, protección y apoyo en mi demanda, lo que no tardó en llegar en una forma que me permitió salvar la frontera sin obstáculo. De qué medios me valí, no estoy autorizado para hacerlo público por ahora. Pero esta vez, por lo que pudiera tronar, evité Bentheim, que era precisamente donde me hicieron volver atrás, y entré en Germania vía Emmerich y de allí marché a Colonia.

Por aquel entonces Alemania se encontraba en el mejor estado de ánimo. El Gobierno, interviniendo en los periódicos — la moderna Biblia alemana como un compatriota mío los llama — dirigía y encauzaba la opinión pública hacia el éxito Balkánico, la destrucción de Servia, y la próxima, segura por el éxito, campaña de Egipto.

La invasión de Inglaterra, que había sido el mayor tópico



tan pronto como la guerra estalló, la conquista de Calais, y todo lo demás alrededor de estos temas, habían sido ya olvidados. Lo importante era ahora herir a John Bull en su panza y en mitad de su cuerpo, y esa mitad no podía ser otra que el Canal de Suez.

No se tiene idea en Inglaterra, ni en los Estados Unidos, del efecto hipnótico que ejerce la prensa alemana sobre sus compatriotas. Toda esta prensa, dirigida toda ella desde el Ministerio de Negocios Extranjeros de la Wilhemstrasse, puede manipular a su antojo las ideas y pensamientos de ese pueblo dócil y sufrido, y desviar su atención hacia cualquier episodio de la guerra con la misma celeridad que la que imprime el operador de un proyector eléctrico al conducir su haz luminoso hacia el objeto que desea enfocar o hacia cualquier fragmento del cielo que intenta escudriñar. Entonces toda Alemania, sin excepción, mira al sitio adonde esos rayos de luz se dirigen, haciendo caso omiso de todo lo demás que le rodea. Cuando en Inglaterra o en los Estados Unidos me preguntan: «¿No empieza la verdad a abrirse paso en Alemania?», contesto que en muy limitadas esferas sucede así en efecto, pero la inmensa mayoría creen a pies juntillas lo que se les dice.

Hoy día el foco luminoso converge hacia Hindenburg. Casi toda la población de esas industriosas hormigas no piensan en nada más que en su Hindenburg — el empréstito que ahora se cubre lánguidamente como la serpiente herida que se arrastra buscando protección y amparo en su escondrijo — es el empréstito de Hindenburg. Todo lleva su nombre. En Silesia han bautizado una de sus ciudades con este mágico apelativo; a los niños recién nacidos se les impone el nombre de Hindenburg; en las tiendas donde se venden cigarros, llámase la mercancía cigarros de Hindenburg, hallándose el busto del fiero e indómito guerrero en todos los hogares de Alemania. Su glorificación, mejor dicho, su deificación, y la ruina de Inglaterra son los pensamientos culminantes de todo espíritu germano, aunque no deja de haber algunos cínico-filosóficos que lo consideran como un magnífico espantajo, todo lo más, como a un gran bebedor de cerveza.



## Precaución alemana

**P**ERO, continuemos nuestra narración, mencionando de paso un incidente que revela un minúsculo aspecto del sentimiento alemán hacia la pérfida Albión, cuyos súbditos, dicho sea a modo de inciso, por regla general son completamente incapaces de comprender la psicología alemana.

Entre la serie de innumerables comisiones que tomé a mi cargo al emprender viaje, se hallaba la ejecución de un pequeño mandato, que consistía en entregar, de parte de una familia germano-americana de Nueva York, la suma de 100 libras esterlinas a sus parientes de una pequeña ciudad ribereña del Rin. Comprendí que para desempeñar bien y fielmente mi misión lo mejor era apartarme de las vías más concurridas y tomé el tren directo al referido pueblo, adonde llegué al anochecer de un día del mes de noviembre. El incidente que se originó demuestra exactamente, por lo típico, lo que me hubiera ocurrido en noventa y nueve hogares alemanes si hubiese recorrido un centenar de ellos.

A pesar de que era portador, de lo que consistía para ellos una bonita suma de dinero y que en el tomar no había engaño, lo mismo que de una colección de retratos de sus parientes ausentes en los Estados Unidos, y muchas noticias por demás interesantes, se me negó la entrada en absoluto.

Después de haber acudido a la puerta la dueña de la casa y haberle yo dicho con mi alemán, que, dicho sea de paso, es excelente, que venía de parte de su familia de América y que les traía dinero, su contestación malhumorada fué la siguiente:

— «¿Ha estado usted ya en la estación de Policía?»

— «No» — repliqué. — «No creí que fuera necesario este trámite, puesto que me hallo sencillamente de paso aquí, y como no pienso quedarme...»

— «Vaya a la Policía» — respondió fríamente, tirándome la puerta en las narices.



Realmente era un paseo demasiado largo, para un hombre cansado del viaje, el ir a la Oficina policíaca. Pero una vez allí, tuve la suerte de dar con un individuo campechano y corpulento, ya bastante entrado en años, de quien se había echado mano provisionalmente, debido a que toda la fuerza que constituía la policía local había partido para la guerra. Poco sabía de su oficio, y por las trazas parecía que yo era el primer extranjero que había llegado al pueblo. Demostró más interés en hablar de sus parientes de América, porque no cabe duda que él también tenía familia en América, y en fumar mis cigarros, que en cumplir con su misión para conmigo. Ni siquiera se tomó la molestia de revisar mi pasaporte, despidiéndome con un alegre «Buenas noches».

Volví a la casera desconfiada a pagarle las cien libras esterlinas y entregarle al mismo tiempo los retratos, y ahora que ya había sido «filiado» oficialmente me recibió plentera, invitándome a pasar la velada.

Habíase ataviado la señora de la casa con lo mejor — parte de su adorno lo formaba un gran medallón de plata con el busto de Hindenburg. En el comedor había dos cuadros del Kaiser e Hindenburg y un busto del Príncipe heredero. Lo más exquisito que permitía el estado de guerra fué servido. Por este tiempo (noviembre 1915) muchos oradores y periódicos ingleses creían erróneamente que en Alemania perecían poco menos que de inanición. Pues bien, declaro que fuí obsequiado con una excelente comida germana, sin que pudiera descubrir por ninguna parte escasez alguna. La misma penuria que puede haber hoy en día en los hogares de Albión, es la que reinaba en Alemania en aquel entonces. La única diferencia consistía en el «pan de guerra», que varía según las localidades y es ahora mucho mejor de lo que acostumbraba a ser antes, y desde luego muy superior a lo que se cree de él en Inglaterra. Lo que antecede ocurría en noviembre del año último.

Las cosas desde entonces han variado grandemente, como trataré de demostrar en crónicas sucesivas.



## La batalla del Somme

**N**o entra en mis propósitos el publicar mis impresiones de viaje y demás investigaciones efectuadas en Alemania por orden cronológico. En estos momentos solemnes la conciencia del pueblo germano y parte de la del inglés comprenden que la «verdadera guerra» es la que se desenvuelve en el Somme.

Me propongo aquí reflejar algunas impresiones con relación a esta gran batalla, sacadas del modo de pensar alemán.

En los primeros días de agosto último me hallaba yo en Berlín. La ofensiva francoinglesa había empezado en primero de julio. A juzgar por las apariencias, parecía que la tal pugna preocupaba muy poco a los germanos, y aun voy más allá en mis comentarios, creo que ni siquiera atrajo la atención del Gran Estado Mayor alemán. Considerábasela sencillamente como la última «fanfarronada» británica. Los mapas de la guerra expuestos en los escaparates y demás sitios públicos no mostraban cambio alguno en el conjunto de la situación, y todavía, en realidad, no ofrecen ninguno digno de tenerse en cuenta. «Los mapas hablan por sí solos», dicen los tudescos encogiéndose de hombros.

En una de estas noches estivales tropecé en Berlín con un joven oficial del ejército alemán, a quien había conocido antes en una de mis anteriores visitas a Germania, y que se hallaba disfrutando una licencia de diez días en su casa. Comprendí desde los primeros momentos que se hallaba enfermo o indispuesto, y me manifestó con cierta sorpresa que había sido llamado inopinadamente para incorporarse a su regimiento del frente occidental. «¿Cómo es eso?» pregunté. Dibujóse en su rostro este singular e indescriptible gesto alemán que demuestra el descontento y malhumor: «Estos condenados ingleses están poniendo toda la carne en el asador, vomitando sobre nuestras líneas hombre tras hombre, todos los que han podido encontrar para un asalto final y ridículo con



objeto de intimidarnos y obligarnos a escuchar proposiciones de paz. Mi permiso ha sido anulado y debo partir esta noche.» Como despedida bebimos juntos un vaso de cerveza en el Restaurant Bavaria de la Friedrichstrasse. «¿Es cierto que ha estado usted en Inglaterra?», inquirió. Le manifesté que efectivamente la había visitado el año último. «Parece que disponen de más soldados de los que creíamos», dijo. «Resulta también que van aprendiendo el *oficio*; mi batallón ha sufrido terriblemente».

Un día o dos después corrieron rumores en Berlín, rumores completamente ignorados de las masas. Cómo y de qué manera logré enterarme de los mismos, no quiero, por motivos de delicadeza, hacerlo público; pero baste que el lector sepa que estas noticias llegaron a mi conocimiento por conducto de un miembro de la extrema izquierda del partido social democrático, quien me manifestó, además, que si quería comprobar la verdad, no tenía más que marchar a Postdam y presenciar la llegada de los heridos de la famosa Guardia Prusiana, cuyos soldados, añadió, han sido duramente batidos por los ingleses, el 10 de julio último, en Contalmaison.

Me llevó a un lado retirado de uno de los hermosos paseos del Tiergarten (porque dicho individuo es un verdadero patriota, estoy cierto de ello). «Si el *asunto* del Somme fuera conocido tal cual es, en toda Alemania se desvanecerían las esperanzas del partido anexionista, que cree que Alemania ha ganado la guerra, y quiere a todo trance mantener a Bélgica en posesión de Germania, lo mismo que Polonia y los departamentos invadidos de Francia», añadió.

Me rogó que fuera a Postdam y que tomara todas las precauciones necesarias para no ser descubierto. También me advirtió que las dificultades que tendría que vencer para aproximarme a la estación del ferrocarril, cuyos lados estaban tomados militarmente, serían casi insuperables.

Nos despedimos. Temí ser engañado. Para cerciorarme pregunté a otro de mis buenos amigos si ocurría algo en la guerra y qué le parecía si me aventuraba a ir a Postdam. «¿Para qué? No pasa nada, y, además, tampoco hay que ver



allí cosa alguna. Siempre lo mismo, los reclutas que hacen su instrucción y esto es todo.» De este modo se corre un velo en Alemania sobre las cosas que se quieren mantener ocultas a todo trance.

A pesar de todo fuí a Postdam. Lo que vi allí, si llega a saberse en Alemania, no cabe duda que conmoverá en sus cimientos al propio Imperio.







## CAPÍTULO II

### Ocultando los heridos

*Varias circunstancias permitieron a Mr. Curtin el presenciar un espectáculo prohibido severamente al público alemán, o sea la llegada de los heridos del frente de batalla. En esta segunda crónica, correspondiente a su permanencia de diez meses en Alemania, describe de mano maestra la vuelta a Postdam de los heridos de la famosa Guardia prusiana, después de la sangrienta batalla reñida con los ingleses en Contalmaison, y los esfuerzos de las autoridades germánicas para ocultarlos de la vista del público.*

**E**L 4 de agosto es el aniversario de lo que se llama en Alemania la «traición de Inglaterra», o sea el día en que la pérfida Albión entró en la guerra con el único y exclusivo objeto, para citar las mismas palabras del Gobierno alemán dirigidas a sus súbditos, «de arruinar y destruir Alemania de la manera más cínica y cobarde, haciendo perecer de hambre a su inocente población civil, compuesta en su mayoría de mujeres y niños».

En esta fecha trágica, llegaba yo a Postdam. Momentos



antes de efectuarlo me asomé a la ventanilla de mi coche. La mañana era soleada y fresca. Lo primero que apareció ante mi vista fueron unos trenes pardos, muy oscuros, con una gran cruz roja marcada a los lados de los vagones. Conviene advertir que se ha ordenado que estos convoyes viajen solamente de noche en Alemania.

Compañeros míos de viaje eran dos oficiales de Caballería que iban en el mismo coche. También se asomaron ellos: «¡Ach, noch einmal!» (¡todavía más!), hizo notar malhumorado el que representaba más edad. Ambos tenían cara de viernes Santo, como vulgarmente se dice, pues parecían tétricos y abatidos, y en verdad que no les faltaba razón para estarlo. El pueblo alemán ha empezado a conocer algo de la verdad en materia de heridos. Todavía no la saben toda, porque éstos son ocultados de la vista del público, y jamás se les manda a centros socialistas, a menos que no haya más remedio para hacerlo así. Las estadísticas oficiales de bajas, que aumentan de día en día en proporciones aterradoras, desde que Inglaterra ha dado la última mano a su «máquina de guerra», son torpemente amañadas para disminuirlas.

¿Queréis una prueba palmaria de lo que digo? Pues sabed que la tan cacareada afirmación de que vuelven a la línea de batalla, completamente curados, el 90 por 100 y aun más de los heridos, es una solemnísimas falsedad. Dudo mucho, además, que esa gran hecatombe de lisiados que acabo de presenciar en Postdam, estén en disposición de volver a batirse jamás. Si algunos lo hacen serán muy pocos, porque la mayoría irán a engrosar las ya compactas y numerosas filas de inválidos. De ello estoy más que seguro.

### Espectáculo inenarrable

No cabía duda de que a medida que íbamos los viajeros saliendo del tren, algo extraordinario iba ocurriendo. A la salida de la estación no se podía dar un paso, tal era la muchedumbre de campesinas que volviendo tempraneras de



los mercados de Berlín, con sus grandes cestos vacíos, se agolpaban para ver, con ojos de espanto, lo que debían presentir de antemano. Cuando, al fin, pude abrirme paso por entre la multitud y me hallé en el exterior del edificio, un espectáculo inenarrable se ofreció a mi vista desde lo alto del vestíbulo, escena que jamás se borrará de mi memoria, por más tiempo que transcurra. Si se permitiera a los cinematógrafos alemanes el divulgar estas terribles escenas, ocasionarían el mayor de los asombros en esta nación engañada. Pero ello daría alientos a los descontentos, que son ya considerable legión, convirtiéndolos en un formidable ejército vuelto a la realidad de las cosas, lo que no dejaría de ser sumamente peligroso. Esto no es sólo la opinión de un escritor neutral. También la comparten muchos patrióticos y sensatos hombres de Estado alemanes.

He asistido, en Boulogne, a la llegada de los heridos ingleses procedentes de Neuve Chapelle; he visto también los heridos rusos en su retirada de la Bukovina; he presenciado asimismo el desfile de los heridos belgas de Amberes y hasta de los heridos germanos en la Prusia oriental; pero el espectáculo de los heridos de la Guardia prusiana sobrepaja en tristeza y dolor a todo lo demás que existir pueda durante estos dos últimos años de la más sangrienta y terrible hecatombe mundial.

Los heridos ingleses de Neuve-Chapelle, si no alegres y bullangueros, muchos de ellos mostrábanse resignados y risueños, podían sus cuerpos estar heridos, pero la jovialidad de su espíritu se dibujaba en sus rostros; pero los heridos de la Guardia prusiana, del cuerpo militar más escogido y orgulloso del mundo, que volvían a su acantonamiento diezmados y humillados, formaban el más lúgubre y horripilante conglomerado de piltrafas humanas, nunca jamás presenciado. En cuanto a su número, bastará decir, que de los cinco regimientos de la reserva de la Guardia que componían dicha fuerza, antes de la batalla, pocos, muy pocos, escaparon ilesos. Muchos de ellos hallaron la muerte, y la mayor parte del resto encuéntranse otra vez en Postdam, instalados en las innume-



rables y siempre crecientes enfermerías que van sin cesar construyéndose y que ya forman verdaderas calles en uno de los campos salineros de las afueras de dicha ciudad.

. . . . .  
Un tren acaba de parar. Veamos lo que ocurre. En un momento la amplia plaza de enfrente la estación se llena materialmente de toda clase de vehículos. Mi admiración sube de punto al encontrarme aquí con esos gigantescos vagones de mudanza, que comparados con los de los Estados Unidos o Inglaterra parecen verdaderas casas ambulantes sobre ruedas. A una señal convenida, estos excesivos vehículos quedaron formados en hileras con matemática precisión.

. Como si esto no fuera suficiente, todos los elementos de que disponía el tráfico rodado de Postdam, tales como coches de punto, vagones comerciales, carruajes particulares, etc., fueron intervenidos militarmente y puestos a disposición de las autoridades para el transporte de los heridos menos graves. Todos los vehículos de la ciudad fueron aprovechados, excepto los automóviles, que ya no existen debido a la falta de caucho. Innumerables hileras de camillas encontrábanse por doquier. Médicos, enfermeros y sirvientes ocupaban su sitio, prontos a entrar en acción.

Los pasajeros al salir de la estación, lo mismo que las campesinas que volvían del mercado con sus grandes cestas, a quienes nos hemos ya referido, quedábanse parados y atónitos, pero el embobamiento duraba poco, porque la policía, de la cual no quedarán más que los cascos si la guerra dura unos cuantos años más, les intimaba a que se retiraran, siendo para ello suficiente un ligero movimiento de la mano.

### ¡Circulen, caballeros!

**M**E hallaba tan absorto y ensimismado, que no acerté a darme cuenta del corpulento policía que a mi lado tenía hasta que sentí la presión de su mano sobre mi hombro, que me conminaba a circular. Un pobre diablo de maestro de



escuela y su mujer, que con sus alforjas al hombro, llenas de comida, habían salido para solearse en aquella espléndida mañana, considerándose felices en haber podido alejarse de Berlín para pasar un día de asueto en los pintorescos bosques que se extienden a lo largo del río Havel, preguntaron al agente de la autoridad de qué se trataba.

La respuesta, que oí perfectamente, fué «*Nichts hier zu sehen*» (nada hay que ver aquí). ¡Circulen, señores! La gran máquina alemana se hallaba en funciones. ¡Adelante!

Resuelto a no dejar aquella magnífica ocasión, me trasladé sigilosamente al amparo de una frondosa acacia que sobre un lado de la acera proyectaba su sombra, fuera de la zona prohibida, con la idea de no perder detalle de aquella escena espeluznante, pero, vana empresa, porque la policía se hallaba ojo avizor, y un teniente de seguridad frustró por completo mi plan. Decidí en el acto obrar conforme la estrategia alemana, o sea, que el ataque constituye la mejor defensa, y dirigiéndome al oficial le notifiqué que era un corresponsal de la prensa. «¿No puedo, por esta razón, ver cómo sacan los heridos del tren?», inquirí. Con muy buenas formas me negó esta facultad, a menos que me hallara provisto de un permiso especial emanado del Ministerio de la Guerra de Berlín.

Entonces me ocurrió una idea salvadora. En la estación había una gran ventana que correspondía al comedor de los pasajeros de primera y segunda clase, y de la cual podía obtenerse una magnífica vista de la tragedia. Sabía de antemano que no salía tren para Berlín hasta dentro de hora y media. Tomé un billete, lo entregué a la mujer uniformada, pues ahora son individuos del sexo femenino que sirven estos empleos, exactamente igual a lo que sucede en Inglaterra, y manifesté al soldado y suboficial que se hallaban a su lado que deseaba ir al comedor para leer algo y tomar algún alimento. Me encaminé rectamente a una mesa del lado de la ventana que daba a la plaza, y pedí pan sin manteca y queso de Holanda — el más popular y corriente *lunch* de hoy día en Alemania — alegrándome al ver que para esto servían mis bonos de Berlín. Mi stratagema tuvo un éxito completo. Pude ver todo lo que



se pasaba en el exterior sin ser molestado en lo más mínimo.

En aquel momento empezaban a sacar los heridos del tren. Los leves formaban en doble hilera, resplandecientes sus blancos vendajes de los brazos y cabeza al ser inundados de la luz solar. Parecían abatidos y ofuscados, mirando maquinalmente hacia el lugar donde, de un momento a otro, iba a empezar la tarea verdaderamente seria: el traslado de los heridos graves.

## Los heridos son colocados en los carros de mudanza

**E**NTONCES fué cuando me di cuenta del uso a que se destinaban estos enormes vagones para el transporte de mobiliario. Luego comprendí que esos carruajes gigantescos forman parte también del plan alemán de transportar a los heridos — no diré secretamente — pero sí con la menor publicidad posible. En cada uno de esos carros se acomodaban de doce a catorce heridos y en otros hasta veinte de ellos.

La Guardia prusiana hallábase otra vez de regreso en sus cuarteles. El cuerpo de acero, el más aguerrido de los que componen el glorioso ejército alemán, había tenido que habérselas, en Contalmaison, con aquellos alegres rapaces que había visto yo instruyendo en Hyde Park el año pasado, habiendo sido aniquilados los prusianos en un terrible y desesperado contraataque que dieron para reconquistar el pueblo, que de aquel modo se escapaba de sus manos para no volver a ser alemán.

Lo que yo presencié no eran heridos simplemente, sino verdaderos desechos humanos. La atmósfera que se respiraba alrededor de los mismos llevaba impregnado el sello de la más terrible sorpresa y depresión. ¡Qué se había hecho de las gloriosas tradiciones creadas por Federico el Grande hace cerca de doscientos años! Todo había caído como un castillo de naipes ante el soplo de aquellos soldados «de ocasión».



El mocosuelo de 16 años que me servía, cuchicheaba con la camarera del mostrador, quien le manifestaba que podía considerarse feliz de pertenecer a una clase que no iba a ser llamada por ahora.

Transportábanse los heridos gravísimos con tantas precauciones, que los camilleros andaban a paso de tortuga, como si pisaran una superficie que fuera a quebrarse, colocando, al llegar a su meta, la comfortable camilla de muelles en los pocos carruajes que disponían de neumáticos o imitación de los mismos. Hacíase este penoso trabajo con la mayor precisión y celeridad posibles, compatibles con el estado de los heridos. Apenas había terminado la evacuación de un tren, cuando otro ocupaba su lugar, repitiéndose estas escenas sin cesar. Tan pronto como los vagones de mudanza habían descargado su horrible mercancía, volvían a sus puestos para ser llenados de nuevo. Uno de estos carruajes estaba reservado para los infelices que habían espirado durante el viaje, hallándose lleno de cadáveres.

Esto era todo lo que quedaba de aquellos brillantes cuerpos que componían cinco regimientos de reserva de la Guardia prusiana y que habían embestido contra las líneas inglesas de Contalmaison, hacía de ello tres semanas, en un furioso y terrible contraataque para arrebatarse la aldea al enemigo que acababa de ocuparla. Cada tren descargaba, por término medio, de 600 a 700 inválidos. Ni fué este tampoco el último día de esta lúgubre tarea, según he sabido después.

## Lo que significa la Guardia prusiana

**L**A Guardia prusiana tiene su principal acantonamiento en Postdam, y una parte de la misma se halla en Berlín. Representan sus unidades, sin duda alguna, la flor y nata de la virilidad guerrera de Alemania. Cuando se la contempla en parada, su presencia infunde verdadero respeto, y no hay ejemplo de que exista ningún militar en todo el orbe que ponga



en duda las extraordinarias proezas ejecutadas en todas ocasiones por la Guardia. Ni tampoco podemos pretender en manera alguna que en la actual contienda hayan dejado sus soldados de mostrar aquel indómito valor y perfecto espíritu de disciplina que son su máspreciado patrimonio. Por regla general, el público en Inglaterra no comprende el enorme prestigio de que goza este brillante cuerpo en Alemania y entre los países neutrales sin distinción.

A la Guardia prusiana se le confía solamente las más graves y difíciles misiones. Se echa mano de ella en casos de suprema e imperiosa necesidad. Si alguna vez sucede que ustedes se enteren, de que se ha ordenado a aquélla el atacar y batirse desesperadamente, pueden tener la convicción de que es para obtener algo que Germania tiene en mucho valor y estima, porque la sangre de los granaderos de la Guardia es la más cara que vende el Imperio teutónico. En la batalla del Marne, los regimientos activos de la Guardia que formaban el eslabón que unía los ejércitos de Below y de Hausen, fueron proyectados, lo mismo que rociada de pulverizador, cuando, ola tras ola, en compactas hileras, se arrojaron sus soldados contra los ejércitos de Foch en Sèzanne y Fère Champenoise. Alemania consintió en sacrificar estas soberbias tropas durante la primera fase de la memorable batalla, porque el Gran Estado Mayor germánico sabía que la única misión de von Kluck consistía en diseminar su ejército, aunque no avanzara en lo más mínimo, y la derrota de Foch hubiera significado la interposición de una poderosa cuña germana entre Verdun y París.

Un año y diez meses cabales de aquel glorioso episodio, arrójanse de nuevo los Regimientos de reserva de la famosa Guardia contra las defensas inglesas de Contalmaison, porque Alemania quiere a todo trance que la serie de círculos laberínticos de acero y cemento armado que constituyen las defensas de Bapaume-Peronne permanezcan incommovibles. Las nuevas formaciones inglesas se doblaron pero no se rompieron bajo aquel empuje formidable. Fueron sobrepujados en número, pero al igual que el resto de los británicos, según el



testimonio fehaciente de los mismos soldados germanos procedentes de la retaguardia de la línea de combate, los ingleses no piensan sino en batirse, sin ocurrírseles jamás la rendición.

Sé, por la manifestación de uno de aquéllos, que al primer asalto los soldados de la Guardia sufrieron de un modo horrible, pero, reforzados convenientemente, avanzaron de nuevo. Otro esfuerzo desesperado de parte de los ingleses y los granaderos prusianos quedaron agotados en aquella espantosa carnicería. Los alemanes no pudieron sostenerse en el terreno que habían vuelto a recobrar y el khaki substituyó para siempre al uniforme gris en Contalmaison.

.....  
Aquel tétrico desfile de heridos duraba horas interminables. Deliberadamente dejé que el tren partiera sin mí, porque sabía que el autor de estas líneas era el único paisano extranjero que pudo presenciar este, desde hoy, histórico cuadro de la vuelta a sus lares de la más altiva y orgullosa milicia procedente de las batallas más grandes de la Historia.

Los trenes vacíos eran apartados acto seguido para dar paso a otros convoyes llenos de heridos, y así sucesivamente más y más. Los médicos y enfermeras hallábanse constantemente ocupados, y los camilleros se movían de aquí para allá sin cesar, sudorosos y jadeantes de tanto trabajo.

### Un caso desesperado.

**P**ERO fué, sobre todo, el semblante de esos hombres yacentes en las camillas lo que más atrajo mi atención. En mi vida recuerdo haber visto cosa semejante tocante a tamaño agotamiento. Por doquier, era difícil encontrar unos labios que dibujaran una sonrisa o unos ojos que se alegraran de volver a encontrarse entre los suyos.

No fué tan sólo el aspecto exterior de sufrimiento físico de esos rostros lo que más me impresionó, sino esa pavorosa semejanza de expresión en todos ellos, muestra de una esperanza perdida, tan profundamente impresa en aquellas caras de tristeza, que por un momento me hicieron olvidar que me



hallaba bajo las cálidas y rientes caricias de un sol mañanero que, oculto entre las nubes, había salido por un momento para abatir su haz de luz vivificante sobre aquella escena de dolor y de miseria. El decaimiento que mostraba la policía, el de los espectadores y el de los heridos que marchaban por su propio pie, y aquellos dolientes cuerpos cuyas cabezas descansaban sobre albas almohadas, eran un testimonio palmario y evidente de que los famosos soldados de la Guardia habían, por fin, encontrado un adversario superior a ellos y a su máquina de guerra. Demasiado sabían que eran el ídolo de su Patria, y que habían peleado sin dejar ni un adarme de su fuerza física y militar apoyados en sus gloriosas tradiciones, pero habían sido al fin vencidos por un ejército de meros *sportsmen*.

Maquinalmente mi pensamiento fijóse en Berlín y en las sangrientas burlas que había inspirado el ejército británico por sus inútiles y estériles tentativas de hacer retroceder las tropas del príncipe Rupprecht sobre el Somme. A pesar de ello, aquí, en los mismos arrabales de la capital de Germania, se pagaba un terrible tributo a la «máquina» que la Gran Bretaña había construído bajo la protección de su Marina.

En Berlín, en aquellos momentos los kioscos y demás establecimientos de venta dejaban flamear al aire los grandes prospectos anunciando las ediciones de la prensa con caracteres gigantescos, pregonando, como de costumbre, a las muchedumbres de la *Unter den Linden* y de la *Friedrichstrasse* las victorias gloriosas del valiente y sufrido ejército germánico, pero aquí esos colosales vagones movíanse silenciosamente, y con grandes precauciones, por las calles de Postdam.

Para las mujeres que, formando cola, aguardaban pacientes para cambiar sus bonos de carne y manteca al otro lado del antiguo puente de mampostería que descansa sus arcos sobre el Havel, aquello no era más que una operación sin importancia alguna, efectuada diariamente.

¡Cómo iban ellas a imaginar que aquellos enormes chirriones contuvieran en su interior el sangriento epílogo de la historia de la batalla de Contalmaison!





# Los alimentos en Alemania

## Una nación que enflaquece









### CAPÍTULO III

## Carencia de grasas y aceite (\*)

**A** mi llegada a Inglaterra me preguntaban con interés: «¿Cuáles son los hechos que integran la verdadera cuestión alimenticia en Alemania?»

Debo contestar a esto que en todo el Imperio germánico, lo mismo que en Austria-Hungría, las condiciones de vida por lo que se refiere a los artículos de primera necesidad, no son todavía precarias, pero sí que empiezan ya a ser *en extremo molestas*. Antes de consignar este juicio lo he pesado cuidadosamente en mi espíritu, y abrigo la convicción, como trataré de demostrar, que corresponde exactamente al verdadero momento histórico. No me cabe duda que esta consideración no gustará a los innumerables agentes de las oficinas de la Prensa alemana esparcidos por todos los ámbitos del mundo. En efecto, cada afirmación que mantenga que no sea agradable para el Gobierno alemán levantará ira y ultraje contra mi persona. De ello estoy seguro. Cuando el arrojado periodista angloholandés Mr. Loopnit, penetró en Turquía y consumó la hazaña de comer en la misma habitación que el Kaiser, el día del banquete de Nisch, los ardides desplegados

(\*) Todas las referencias que se dan en este capítulo y siguientes, se contraen al año corriente de 1916. — (N. del T.)



por el Gobierno germánico para ocultarlo fueron bien sencillos. Circuláronse las órdenes oportunas para que no se hiciera mención alguna del incidente en la prensa alemana. Cuando, empero, los rumores que emanaban del mismo séquito del Emperador llegaron a tomar tal consistencia, que hizo necesario dar alguna explicación acerca de la laxitud y poco celo desplegados en tal ocasión por la guardia personal de Su Majestad Imperial, tuvieron lugar entonces algunas cesantías en el personal palatino, cuya acción fué seguida casi simultáneamente por la negación absoluta de los hechos en una nota breve y oficiosa publicada a la sazón por la Agencia Wolf. No me cabe duda alguna, pues, que mis graves afirmaciones tocante a la cuestión alimenticia en Alemania serán rechazadas, y hasta se llegará a dudar de mi misma personalidad. Es cierto que los pasaportes se pueden inventar, pero todavía tengo otras pruebas que las contenidas en una simple operación de estampar en un documento unos sellos oficiales por parte de las autoridades teutónicas.

Me veo obligado a admitir que la cuestión que nos ocupa hasta hace muy poco ha sido muy exagerada por cierta parte de la prensa aliada. Las anécdotas basadas en casos de inanición se abren camino con facilidad. No nos hemos de dejar llevar por los chillidos de algunas mujeres, que después de estar aguantando en la calle, por espacio de unas seis horas el aguanieve, piden manteca a voz en grito, rompiendo en son de protesta algunos cristales, para deducir de este hecho, por demás sencillo, que toda la población germánica esté sufriendo hambre realmente.

### Un banquete de Navidad

Como resultado de mis investigaciones en este asunto de los víveres, tomaré, como punto de partida, la última Pascua de Navidad, en cuya ocasión tuve la suerte de asistir como comensal de una fiesta fastuosa de esta naturaleza en una casa hospitalaria de Alemania, con una despensa



bien pertrechada. Fué un banquete verdaderamente espléndido al estilo germánico y duró muy cerca de cuatro horas. El menú fué el siguiente: Sopa, carpa, y en mi honor, por ser americano, pavo con salsa de arándanos, juntamente con *plum-pudding*, que incorrectamente se creyó constituía un plato de Navidad de mi país. En cuanto a postres, hubo abundancia, a saber: tortas en forma de pirámide, mazapanes y toda clase de confituras. Vino del Rhin, Champagne y café verdadero. Es cierto que se trataba de festejar a un amigo, pero dudo mucho que menús como el descrito puedan consumirse en muchas casas de Alemania durante la próxima Navidad de 1916.

Pero el público de los Estados Unidos e Inglaterra lee que hay días en Alemania sin carne y sin manteca. En realidad, no es la falta de la carne, sino de la última, lo que es penoso. El «pan de guerra» sin manteca y el café de bellotas, ahora dulce por la sacarina y no por el azúcar, forman ya un monótono desayuno que empieza a asquear los estómagos. La cocina sin manteca ni grasa alguna, es tarea por demás pesada, que pone a prueba a la más avispada y diligente ama de casa.

Todavía entra en Alemania algo de grasas en la forma de aceite de oliva o de semilla de algodón contenido en las latas de sardinas que se importan de Noruega, y cuyo comercio podría ser también interrumpido. De esta conserva se importan ahora grandes cantidades, que se reparten a través de todo el Imperio para prevenirse contra el «asedio futuro», como mis compatriotas de Berlín llaman al cerco de hierro con que los aliados pretenden encerrar a Germania. Después de consumir las sardinas, que, dicho sea de paso, resulta un manjar muy pesado el engullir el contenido de 30 ó 40 latas, una tras otra, sin apenas variación alguna, el aceite que resta sirve para freir, con lo cual se obtiene un gusto muy desagradable en todos los manjares que se condimentan con él. Si se consiguiera hacer cesar este comercio con Noruega, se acortaría a su vez la duración de la guerra.

Otro artículo que abunda en todas partes es el chocolate. También es verdad que a consecuencia del bloqueo ha aumentado el precio del cacao en Berlín en un 40 por 100, pero,



a pesar de ello hay, lo sé a ciencia cierta, grandes existencias de chocolate y cacao en toda Alemania. Al revés de los anglosajones, los germanos son una raza previsora y económica. El día 1.º de septiembre del corriente año un escrupuloso inventario-registro de víveres se hizo en cada casa, siendo castigada con severas multas cualquiera ocultación.

### El espionaje en Alemania

Los resortes del Gobierno se fortalecen en Alemania a consecuencia de ciertos caracteres peculiares del pueblo alemán, uno de los cuales consiste en lo que llamaremos la monomanía del espionaje. Citaremos un caso. Durante la última Pascua de Pentecostés prohibióse en Prusia la antigua, extendida e inmemorial costumbre de cocer tortas, prohibición que debía durar desde el 1.º de abril hasta el 26 del mismo mes. Pues bien, una pobre mujer cuyo marido volvía de las trincheras, pensó que una manera digna de festejarle era el regalarle con una de esas tortas proverbiales, a las que tan aficionados se muestran los alemanes. Sin mirar lo que hacía enteró de ella a una vecina, que a la sazón había entrado en el domicilio de aquélla en busca de chismografía. Escandalizóse la amiga de aquella nefanda acción, e interrumpiendo la murmuración acudió presurosa a su teléfono para denunciar el hecho a la policía. Colocados desde el punto de vista alemán, diremos que realmente es el deber de los germanos el espionarse mutuamente. Pensando a lo anglosajón, creemos que ello confina en los límites del *soplismo* de las escuelas, por lo que tiene esta costumbre de baja y ruin.

A pesar de todas estas precauciones, se admite generalmente por el pueblo alemán que la gente gorda — clases pudientes y aristocracia — tiene todo lo que necesita. De aquí la inquina de las masas.

Existen dos instituciones en Alemania, en donde no entran para nada las penurias y estrecheces del régimen actual, que son, según estoy informado, el Ejército y la Marina en activo



servicio; porque por lo que se refiere a las reservas navales y terrestres, la carestía también subsiste despiadada. Así no es raro que constituya una broma corriente, el decir que a los soldados no les gusta el obtener permisos, para encontrarse después en sus hogares con las alacenas y aparadores vacíos.

Otro de los sitios en donde no se siente escasez alguna es en los trenes, ya que en consideración a los pasajeros de países neutrales sigue manteniéndose todavía el plan ordinario, es decir, buenas comidas a precios moderados. Recuerdo que con este motivo me dijo un día uno de los conductores de un vagón-restaurant: «Los extranjeros tienen todo lo que desean, y nosotros, los empleados, tenemos que renunciar en favor de ustedes nuestros bonos de pan y manteca».

Otra de las clases que tampoco sufren son los grandes y opulentos agricultores, que pueden avituallarse de todo lo necesario en su propia heredad, pues ni aun los planes mejor combinados pueden impedir al propietario rústico el obtener una mayor suma de la permitida en huevos, leche, manteca o caza.

Pero la cuestión capital en materia de alimentación es la que se refiere al queso holandés. Hasta mediados de agosto último, el queso de Holanda era abundante, (¡cómo llegó a repugnarme!). Ahora tiene alternativas de abundancia y penuria. Téngase en cuenta que cada onza de este producto que se coma fuera de Alemania, representa un perjuicio hoy día para los teutones, lo mismo que cada pastilla de chocolate que deja de introducirse en Germania es un pequeño paso para la terminación de la catástrofe europea.

Hubo un momento en que Alemania trató de conmover a la opinión americana con la manifestación de que se privaba de leche a los niños tudescos, pero en realidad ningún bebé ni párvulo alemán ha sufrido hasta ahora por el bloqueo. La reglamentación acerca del consumo de leche que se ha puesto en vigor, estatuye que se dé ésta en primer lugar a las tiernas criaturas. Por lo tanto, la leche fresca para los niños, puede obtenerse en todas partes, y no hay tampoco falta alguna de



leche condensada. En los distritos rurales abunda la leche natural, y aun en las grandes urbes no puede considerarse un azote el tener que sustituirla por leche manufacturada. Sin embargo, es justo que digamos que la leche condensada que se produce en Alemania no es de la mejor calidad en sustancias nutritivas. Se obtiene de la leche fresca que se importa de Holanda y Dinamarca.

### El testimonio de un químico

**R**EFIRIÉNDOSE de nuevo a la cuestión de la manteca y grasas, tan necesarias para la vida humana, expondré a continuación una interviú que tuve con un químico alemán que goza de merecida fama. He aquí un breve resumen de la misma:

«¿Cuánto tiempo», preguntó, «cree usted que podrán resistir estos condenados ingleses?». Nótese, de paso, que la obsesión son los ingleses, nunca los franceses o los rusos. Contesté, tan delicadamente como pude, que en anteriores ocasiones, siempre que los ingleses habían sostenido guerra había ésta durado largo tiempo. Obsérvese también que nuestra conversación tuvo lugar hará unas tres semanas. «¿Podrán aguantar hasta enero?» ¿Qué enero, repliqué. «El próximo». Me limité a decir que la opinión en Norte América, siempre que procediera de círculos que no estén germanizados, cree que Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda y Canadá y las otras dependencias británicas, pueden resistir todavía varios eneros. «¿Pero deben de andar muy escasos de alimentos, no es verdad?» Le contesté que no eran estas mis noticias. Me rogó que volviera al día siguiente, lo que efectué, repitiéndome las mismas preguntas. Sus puntos de vista sobre la situación de Germania son exactamente como sigue — téngase en cuenta que es una opinión particular, pero en mi concepto muy autorizada.

«Nuestras principales dificultades, dijo, son tres: la necesidad en que estamos de sostener a estos desventurados



austríacos para ponerlos en condiciones de resistir, al igual que nuestros espléndidos prusianos y bávaros, lo cual se consigue mandándoles estos últimos; la ausencia total de los fertilizadores nitratos de Chile, tan esencial para la productividad de nuestras haciendas, y la terrible cuestión de las grasas. Nuestros nitratos, extraídos del aire atmosférico, nos han servido este año a maravilla, porque ha sido un año muy húmedo. Nos han ayudado mucho en el cultivo de la remolacha, aunque no tanto como el nitrato sudamericano. La remolacha es uno de los tubérculos más endiablados. Se resiente en seguida de la falta de un buen fertilizante, por lo que no pueden apreciarse sus propiedades sacarinas si no se le somete a un concienzudo análisis químico. La falta total en la importación de nuestros antiguos abonos de Sur América, representa para Alemania una terrible disminución en la producción de azúcar y otros artículos muy necesarios.»

«El problema de la falta de aceite es casi insuperable. Sin duda se habrá usted fijado en las inmensas extensiones de tierra cultivable sembradas de girasoles y adormideras. La extracción de aceite de estas plantas ha sido para nosotros una bendición, un éxito completo, pero lo malo es que representa muy poco comparado con las demandas de los fabricantes de municiones y del público en general.»

«Es muy cómodo el poder repetir la frase de los que fabrican nuestra opinión pública «*Wir halten durch*» («resistimos»), pero, como profesional que soy, me gustaría saber cómo nos las vamos a arreglar para mantener esta firmeza. Cuanto más tiempo resistamos, tanto peor para el futuro desenvolvimiento económico de nuestro país. De todos es ya sabido que nuestros enemigos levantan por doquier fábricas de productos químicos, anilinas y otras materias colorantes, ácido sulfúrico y toda otra clase de industrias. Nuestro Ministerio de Estado, nuestro Ejército y nuestra Marina deberían de prestar un poco más de atención a nuestros químicos. No soy yo solo el que ha dado la voz de alerta acerca de si tenemos medios para ir adelante con la resistencia, y más de una vez he sugerido la idea que si Inglaterra fuera a darnos una in-



demnización, nos concediera un arriendo de Amberes, nos devolviera las colonias juntamente con el Congo belga como compensación a nuestros gastos, deberíamos finalizar esta guerra, con la cual nunca he estado conforme. Nosotros, los químicos alemanes, éramos dueños del mundo entero. Ahora ha desaparecido ya nuestra supremacía.»

Solamente hombres que piensan alto y tienen una clara visión del porvenir, son los que hablan a un extranjero en los términos que llevamos referidos, pero, para la generalidad de los alemanes, esta conducta resultaría demasiado generosa y expansiva.

## Clase de comidas

**V**ARIAS veces me han pedido que manifieste en qué consisten actualmente los menús en Alemania. Describiré lo que yo comía, alojado en un barrio aristocrático, igual al Hampstead o Surbiton de Londres. Pagaba por semana algo más de 75 pesetas (equivalentes a 3 £) a todo estar. Disponía de cuarto dormitorio y de un pequeño despacho con derecho a usar el teléfono de la casa. Mi desayuno lo formaban un par de huevos frescos, café (hecho probablemente de bellotas, achicorias o cereales), o, si no podía resistir aquel menjurje, chocolate. Hace unas cuantas semanas que tomaba leche desnatada; últimamente me la daban condensada, con tres bollos no muy grandes hechos de harina de patata, centeno y trigo candeal. Esta mezcla no tiene la vista de nuestro pan blanco, pero al paladar resulta tan bueno como si lo fuera. Como el derecho a la manteca es muy reducido, se ha pensado en substituir la ración valiéndose de jaleas o mermeladas, y para hacerlo posible, el Gobierno se ha apoderado de toda la cosecha de zanahorias y nabos, lo mismo que de toda clase de ciruelas y manzanas. Un hecho muy significativo es que estas confituras han substituído en parte a la manteca en Berlín. Mi almuerzo consistía en pescado, queso, pan y las inevi-



tables sardinas de lata. La guerra ha desarrollado enormemente el stock de pescado en Alemania procedente del Báltico y de Holanda, hasta la actuación de Inglaterra en este asunto, tal vez algo tarde. Toda clase de alimentos exóticos se obtienen del Norte. Carne salada se vende en todas partes, lo mismo que carne de oso polar. que se detalla a 1 chelín 6 dineros la libra (1'90 pesetas). Existe abundancia de pescado fresco que viene del Báltico, aumentándose rápidamente el stock de tal alimento mediante la subsiguiente manipulación y conservación del mismo. Cuando almorcé en el afamado restaurant «El Oro del Rhin», me pusieron *hors d'œuvres* consistentes en sardinas, patatas y ensalada de tomate (sin aceite), sopa de vegetales, pescado, carne (la parte proporcional de media libra de esta última al presentar mi bono correspondiente, pues dichos 200 gramos han de durar por espacio de una semana y la media libra comprende, además, el hueso y grasa adherida), queso y fruta. No hay falta alguna de vinos ni licores, y hasta se encuentra whisky escocés, del hotel Adlon, cuya existencia disminuye progresivamente, debido a la demanda que obtiene por parte de los oficiales alemanes y los viajeros americanos, que son muy aficionados al mismo. Hay que salvar las apariencias en todos estos hoteles frecuentados por los extranjeros, y, a decir verdad, se guardan con exceso, ya sea por el patriotismo de los dueños, ya por cumplir con órdenes de las autoridades.

### Raterías que se cometen con los bonos de alimentación

**N**o hay necesidad de decir que se cometen muchas trampas con estas tarjetas de carne y pan. Las personas que habitan en casas de vecindad se reúnen periódicamente para cambiarlas y adquirirlas según sus aficiones. Un nuevo y curioso delito ha empezado hoy a cometerse en Germania: nos referimos al hurto de estos bonos. Las familias que tienen



huéspedes suelen cometer la irregularidad de solicitar la concesión de más bonos de los que realmente tienen derecho. Ha habido también ocasiones en que las oficinas distribuidoras de estos *tickets* han sido asaltadas por las masas.

Menciono estos hechos para que se vea cómo el problema de las subsistencias va tomando, poco a poco, un mal cariz. Por lo que a mí se refiere, no pasé penuria ni trastornos en mi salud hasta muy recientemente, en que llegué a perder peso. Puedo afirmar que durante estos tres últimos meses perdí unas 10 libras, y me hallaba tan poco acostumbrado a los alimentos condimentados con manteca o aceite, que al llegar a Holanda y comer estos ingredientes, sentí verdaderas náuseas, de cuya anomalía voy reponiéndome. Los súbditos de Germania van enflaqueciendo gradualmente, con gran contentamiento y ventaja por parte de algunos de ellos.

Las comidas a última hora de la noche, que se habían puesto de moda en Alemania antes de la guerra, por los imitadores de las costumbres inglesas, han desaparecido del todo, y hoy día el menú de la noche (comida o cena), es muy parecido al almuerzo del mediodía. En varias ocasiones mis amigos me obsequiaban con el regalo de algún embutido. Téngase en cuenta que tales presentes han venido a substituir los más delicados obsequios de antes. En contra de lo que viene a ser tan sólo el principio de severas y penosas privaciones, existe, como marco a este cuadro de estrechez, la alegría de los berlineses al cambiar entre sí estos obsequios, en los cuales preside una cierta organización sin llegar al lustre y esplendor de las épocas normales, ni siquiera a la brillantez que ostentaban estas manifestaciones el año pasado. Los teatros y music-halls se ven muy concurridos. No hay falta alguna de luz. En este particular no deja de ser chocante el tremendo contraste que ofrecen las tinieblas y obscuridad de Londres durante la noche, con la brillantez y magnificencia de luz de Berlín. Las carreras de caballos también se mantienen en todo su esplendor, tal vez por el deseo de cubrir las apariencias y por el prurito del juego que llevan aparejado estos espectáculos. La moneda abunda que es una bendición.



Los fabricantes de municiones la esparcen por todos los centros de las grandes poblaciones: nunca se ha hecho tal ostentación de brillantes y piedras preciosas en la historia del Imperio como se está efectuando ahora. El estado actual de Alemania, usando un término americano, es el de «desbarajuste» (mix-up), al que se encargarán de poner un poco de orden las substancias oleaginosas y lubricantes, si siguen manteniéndose alejadas de Alemania como hasta ahora.

Es opinión muy extendida entre la gente neutral pensadora que reside en Alemania, que el medio más humano de ayudar a poner término a esta guerra nefanda sería el de impedir a todo trance las importaciones de aceite en el país. El efecto no se haría sentir de momento. Los germanos son una nación de ardillas en materia de almacenar vituallas, y no hay duda que se han estado preparando para hacer frente a un invierno que ofrece el cariz de ser muy malo y penoso.









## Los periodistas están poco menos que amordazados en Alemania e imposibilitados de cumplir su misión

---









## CAPÍTULO IV

---

### Extraña situación de los corresponsales neutrales en Berlín

CON objeto de comprender de una manera perfecta la importancia que los alemanes conceden a la posibilidad de que su nación obligue a los Estados Unidos a intervenir en el presente conflicto en contra de Inglaterra, se hace necesario explicar, al menos con cierta prolijidad, las extraordinarias medidas adoptadas por el Gobierno alemán con relación a los corresponsales de la prensa americana, cuya posición es la de *verdaderos prisioneros*.

Tal vez esta materia aburra al lector, sobre todo a los ingleses, que preferirían mucho más el saber acerca de los zepelines y de la campaña submarina, lo mismo que mayor número de detalles sobre la crisis de las subsistencias y demás asuntos de palpitante actualidad que me propongo describir.

Con todo, se hace imperativo, aunque no fuera más que para la acertada inteligencia de las noticias que venir puedan del otro lado del Atlántico en el decurso de días venideros muy próximos, y al mismo tiempo para que conozcan, tanto en Inglaterra como en mi país, las singulares condiciones bajo



las cuales se desenvuelven en la actualidad los periodistas americanos en Germania, ya que los tudescos confían en la algarabía que puedan aquellos armar para llegar a mover el espíritu guerrero de los Estados Unidos.

A fines de 1915 convocóse en Berlín una reunión de los corresponsales americanos, que tuvo lugar en la Oficina de la Prensa que el Gran Estado Mayor alemán tiene establecida en el Ministerio de la Guerra. El jefe de aquella dependencia, comandante Nicolai, notificóles que el Gobierno imperial deseaba que pusieran su firma al pie de cierto convenio destinado a regular en lo sucesivo su actuación durante la guerra. Habíase decidido, según manifestó Nicolai, autorizar a los periodistas americanos para que pudieran visitar los diversos frentes de batalla, con intervalos más o menos regulares, pero, antes de convertirlo en realidad, hacíase imprescindible, en justa correspondencia, que los corresponsales de periódicos se obligaran a ciertas condiciones. Las principales eran estas:

1. Obligación de permanecer en Alemania durante todo el término de la guerra, a menos que se obtuviera un permiso especial para ausentarse, emanado de las autoridades alemanas.

2. Que todos los despachos telegráficos y demás comunicaciones que hubieran de publicarse en los Estados Unidos pasaran por la previa censura militar alemana.

3. Comprometerse a no variar los textos de los escritos que hubieren sido ya previamente admitidos por la censura.

Después que los periodistas se hubieron esforzado en vano para convencer al comandante Nicolai de que aun con la mejor voluntad y buena intención resultaría tarea superior a sus fuerzas el poder responder de la manera cómo iban a publicarse en los Estados Unidos las noticias sujetas a censura en diarios humorísticos, como por ejemplo, el *Omaha Bee* o el *New Orleans Picayune*, viéronse obligados finalmente a estampar sus firmas al pie de aquellas estupendas condiciones.

Suscribiéronlas todos los corresponsales de alguna importancia que en Berlín tienen su residencia. Sólo dos o tres que no quisieron abdicar de su personalidad profesional, ponién-



dola ignominiosamente a los pies del Gobierno alemán, fueron castigados no invitándoles a las expediciones «oficiales» que a los distintos frentes de batalla poco después tuvieron lugar.

### La censura lo avasalla todo

**N**ADA puede ilustrar mejor el grado de humillación a que son sometidos los periodistas neutrales, como el «precio» a que han pagado su permanencia en Berlín para seguir haciendo su información.

No me cabe duda que, debido a ello, determinóse el Embajador norteamericano Mr. Gerard a manifestar a sus paisanos, este último verano, que harían bien en recabar su libertad de someterse o no a la censura alemana, antes que impetrar los buenos oficios de la Embajada para que Inglaterra no ejerciese sobre estos escritos su derecho de censura al entrar en el Reino Unido. Cuando los periódicos de Alemania se enteraron de lo que llamaban ellos conducta «equivoca» del Embajador Gerard, lanzaron a los cuatro vientos una de estas diatribas personalísimas a que tan aficionados se muestran en Berlín contra el diplomático americano por no haberse querido doblegar a sus exigencias. De esta campaña, que me atrevo a calificar de perniciosa, hecha contra Mr. Gerard por los alemanes y germano-yanquis, espero poder añadir algo más adelante.

La colonia periodística americana en Alemania ha cambiado mucho de modo de ser, si se la compara con lo que era años anteriores a la guerra. Antes de 1914 la formaban varios representantes de la Prensa asociada, al igual que una media docena, poco más o menos, de corresponsales de otros tantos periódicos de Nueva York (incluyendo el célebre *New York Staats Zeitung*) y el importante rotativo occidental *Chicago Daily News*. Hoy día «casi todos» los periódicos que se publican en los Estados Unidos hállanse representados en Berlín por corresponsales especiales. La influencia que se deja sentir ahora pro Germania explícate muy bien, si se considera



que los periodistas recién llegados proceden de las redacciones de diarios que se editan en lengua teutónica en Chicago, Saint Louis, Milwaukee, etc. Periódicos como el *Illinoisser Staatszeitung*, de Chicago, y muchos otros que arrastraban antes una vida lánguida y precaria, hanse encontrado de repente con tan ricos filones, que les ha permitido mandar a Europa a sus corresponsales de la guerra y alojarlos en el establecimiento de lujo más afamado de Berlín, o sea el Hotel Adlon de la avenida *Unter den Linden*.

### Karl von Wiegand

**P**ERO, gracias a los constantes y hasta me atreveré a llamarles imprudentes «bombos» que el *Times* le ha prodigado, la mayor y más luminosa *estrella* del firmamento periodístico de Berlín en materia de representantes de la prensa americana es, a no dudarlo, Carlos Enrique de Wiegand, corresponsal especial del *New York World*. Es verdad que el *New York World* no es un diario germanófilo, pero von Wiegand es de origen alemán. Dejando a un lado sus talentos profesionales, que son muchos, a la verdad, diré también que una de las cosas que más contribuyen a conseguir sus éxitos periodísticos, es el usar en su apellido el «de» prusiano, que tanto viste aquende como allende los mares.

Según dicen, von Wiegand afirma y sostiene que es californiano de nacimiento. Arguyen sus enemigos, empero, que es natural de Prusia y que emigró a los Estados Unidos cuando aún era niño. Pero, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que von Wiegand es, hoy día, el tipo acabado del norteamericano. Habla alemán con bastante imperfección y con un marcado acento trasatlántico. Librero en su juventud, su tienda de San Francisco fué destruída por el terremoto. De unos 45 años de edad, von Wiegand es un hombre de complexión mediana, bastante miope, que usa constantemente lentes estilo Teodoro Roosevelt, y en su aspecto exterior es un yanqui de cuerpo entero, dotado de un notable don de gentes. Cuando se le



echa en cara que es un periodista al servicio del Gobierno alemán, contesta que no es nada más que un «activo» corresponsal del *New York World*. En honor de la verdad diré que no es esta la opinión que de él se han formado en Alemania. Encontraréis muchas personas que os dirán que si von Wiegand no es realmente un *attaché* de la Oficina de la Prensa germana, al menos su «acción periodística» va siempre impregnada del sello germanófilo, y lo cierto es que entra y sale constantemente con entera libertad de las oficinas y centros oficiales de Berlín, hallándose en constante intimidad con todas las autoridades sin distinción, lo que no logra ninguno de sus compañeros, siendo, además, un gran amigo del conde Reventlow.

La *liaison* de von Wiegand con el mundo oficial de Berlín es el obligado tema de chacota de sus colegas compatriotas. Poco tiempo después de la caída de Varsovia, en agosto de 1915, cuando la situación de Polonia se hizo pública para el mundo neutral, una imperiosa llamada de teléfono, a media noche, despertó a von Wiegand en sus habitaciones del Hotel Adlon, para notificarle que si quería hallarse a las cuatro treinta de la madrugada de aquel mismo día en la estación de Friedrichstrasse, con su equipaje, tendría el gusto de ser el «único» corresponsal que acompañara al Estado Mayor alemán en un viaje a Varsovia. Wiegand se encontró allí a la hora señalada, pero quedóse corrido y sumamente asombrado al ver que había sido víctima de un engaño, que con los antecedentes expuestos no es difícil que el lector adivine que los autores de la hazaña habían sido sus mismos compañeros y compatriotas.

### Un nuevo astro

**E**RA tal la influencia personal de que gozaba a la sazón von Wiegand en Berlín, que Mr. Hearst, director del *New York American* (el principal rival del *New York World* y el jefe del «Servicio Internacional de Noticias» que ha sido



precisamente estos días suprimido en este país), decidió enviar a Alemania un corresponsal especial que tuviera también su lugar al lado de los primates de la prensa. El caballero escogido y nombrado para hacer sombra al señor Von Wiegand fué un antiguo clérigo llamado Dr. William Bayard Hale, un talentudo escritor y orador, que entrevistó el otro día al Kronprinz, y que se hizo «su cartel» hace unos ocho años conferenciando con el Kaiser. La relación de esta última entrevista resultó tan impregnada de indiscreciones políticas, comprometedoras de la situación internacional, que el Gobierno alemán se vió obligado a comprar toda la edición del periódico de Nueva York con objeto de impedir su circulación y publicidad, sofocando de este modo el incendio que estaba a punto de estallar. Pero, a pesar de estos esfuerzos, algo dejó traslucirse, porque se vino en conocimiento que ya en aquel entonces abrigaba el Kaiser cierto espíritu de animosidad contra Inglaterra y el Japón y su firme decisión de declarar la guerra a estos países a la primera oportunidad.

El Dr. Hale, que llegó a Berlín hará unos cuatro meses, goza también del prestigio de ser un íntimo amigo del Presidente Wilson. Ha escrito su biografía y últimamente le representó en México como su emisario especial. Muy poco tiempo antes de estallar la guerra, casó el Dr. Hale con una señora de Nueva York, creo que con una hermana o parienta de Herr Muschenheim, el propietario del Hotel Astor que durante 1914 y 1915 estuvo habitado por la Oficina de Propaganda germana o por uno de tantos centros germanófilos mantenidos en la City. Desde la fecha de su matrimonio el Dr. Hale llegó a ser un ardiente propagandista de la Kultur. Una de sus últimas elucubraciones, antes de salir para Alemania, fué editar un voluminoso «libro amarillo», que compendia «las violaciones de la ley internacional cometidas por Inglaterra» y la correspondencia algún tanto tirante, por la acrimonia de su estilo, cambiada entre los Gobiernos británico y americano sobre controversias suscitadas entre ambos Poderes, relativos al contrabando y a la navegación. Los gastos de la edición fueron sufragados por la Oficina de Publicidad germana y han



circulado profusamente por los Estados Unidos y demás países neutrales.

El Dr. Hale, un americano corpulento, de mirada viva y penetrante, de pulida y rasurada cara, y de fácil y llana palabra, se encontró, a su llegada a Berlín, con una acogida tan brillante y fastuosa, que recordaba la de un Embajador acreditado que llega a la capital del Imperio por primera vez para asumir sus importantes funciones. Llegó, como es natural, provisto de las más eficaces cartas de recomendación que el Conde Bernstoff le pudo proporcionar. Hacía tiempo ya, antes de lo que referimos, que Hale había tenido la oportunidad de hacer su presentación al Ministerio de Negocios Extranjeros, cuya visita le había sido devuelta, según es rumor público en Berlín, por un emisario del Canciller Imperial, que fué a cumplimentarle en las mismas habitaciones del hotel donde el Dr. Hale se hospedaba. En esta su segunda visita a Berlín, no hacía aún muchos días que había llegado, cuando se le pasó la correspondiente invitación para celebrar una interviú con Bethmann Hollveg. En seguida, como por encanto, empezó el *New York American* a inundar sus columnas con la «prosa dulce» de los periodistas: nos referimos a las interviús ministeriales, manifestaciones oficiales y otros trozos exclusivos y regalados, con los cuales Karl von Wiegand tanto se había distinguido en otro tiempo.

## Una propaganda a todo trance

**M**E he entretenido algo en estos detalles sobre von Wiegand y Hale, porque ellos dos se bastan y sobran para diluviar sobre el público americano verdaderos torrentes de noticias germanófilas, sobre cuyo alcance e influencia tienen los lectores ingleses una idea muy limitada. Las noticias europeas publicadas por el *New York World*, son reproducidas por más de veinte periódicos en el Continente americano, con los cuales se encuentra asociado, y durante estos últimos diez y ocho meses este servicio ha sido «personalmente» eje-



cutado por la agencia Wiegand de Berlín casi con exclusión de las otras noticias de la guerra procedentes de otros conductos. Los despachos de Hale al *New York American* también han circulado profusamente en todo el territorio de la gran República, tanto en los grandes rotativos de New York, Boston, Chicago, San Francisco, Los Angeles y otras grandes urbes, como en otros muchos periódicos, por ejemplo, el importante *Philadelphia North American*, que, por no ser menos, suscribióse también al «Servicio internacional de noticias».

Las autoridades alemanas se dan perfecta cuenta de lo importante de esta misión. Esto explica las incesantes atenciones que se dispensan a von Wiegand y Hale, y a otros periodistas igualmente apreciables y activos, como Eneris, por ejemplo, que lo es del *Illinoisser Staatszeitung*, Shuette, del *Chicago Daily News*, y James O'Donnell Bennet, del *Chicago Tribune*. Uno de estos brillantes y bien pagados corresponsales tomó a su cargo recientemente el publicar un libro sobre «Bélgica en tiempo de guerra», con el solo y exclusivo objeto de granjear la pública estimación de Germania en América. Juntamente con su esposa, fué paseado triunfalmente en automóvil por toda Bélgica, acompañado constantemente por oficiales alemanes, yendo y viniendo de festín en festín. Volvió a Berlín para escribir «su libro», aunque es un hecho público y notorio que durante su total permanencia en Bélgica no se le permitió para nada el relacionarse, ni siquiera entablar conversación con un solo belga.

A pesar de estar muy atendidos y adulados los corresponsales americanos por las autoridades germanas, no dejan de representar en público una figura bastante humillante, aunque muchos de ellos no se den cuenta de tal cosa. Es patente y manifiesto que se encuentran sometidos día y noche al más degradante y envilecedor espionaje. A veces, hasta en la Wilhemstrasse, se hace de ellos befa y escarnio. Uno, que trató hace algún tiempo de actuar con «semiindependencia», formó parte de una excursión periodística a Lille. En un momento de libertad pudo entrar en una joyería para comprar un



nuevo cristal para su reloj. Mientras efectuaba la transacción, preguntó al francés que le servía qué tal le iba con los alemanes. «Son muy ásperos y duros en el trato, pero justos», fué la contestación. Un par de semanas después, cuando los corresponsales volvieron a Berlín, el comandante Nicolai, jefe de la previa censura, mandó a llamar al periodista en cuestión, diciéndole que sabía el momento en que «se había quedado solo en Lille» y le preguntó que le dijera lo que había ocurrido después en la relojería adonde había entrado. El corresponsal repitió precisamente las palabras que dijo el relojero. «Entonces», gruñó el comandante Nicolai, «¿por qué no ha mandado estas impresiones a sus periódicos?». Por ello se verá la presión tremenda que se ejerce en el ánimo de los periodistas neutrales, que cuando van de excursión lo hacen como rebaños más bien que como personas.

### Tratamiento denigrante

**U**N ejemplo de la manera despreciativa con que las autoridades germanas tratan a los corresponsales americanos, lo tenemos en el día en que el submarino mercante «Deutschland» volvió a Bremen, el 23 de agosto próximo pasado. Con objeto de glorificar la hazaña en los Estados Unidos, los corresponsales yanquis fueron enviados a Bremen, en donde se les dijo se les había preparado varios festejos y un digno recibimiento en su honor. Tenían que asistir a la fiesta, el Conde Zeppelin, dos comandantes de aeronaves que habían acabado de efectuar una correría sobre las costas de Inglaterra, y otros héroes nacionales, juntamente con el Gran Duque de Oldenburgo, que presidiría una brillante constelación de altos funcionarios civiles, de la Marina y del Ejército. Como colmo de fiesta, en aquella alegría carnavalesca y bullanguera por la llegada del «Deutschland», iba a darse un magnífico banquete en la famosa Casa Consistorial de Bremen, con muchísimo «pan y manteca», lo cual era un verdadero lujo en estos momentos, animado, además, de los im-



prescindibles derroches oratorios y fuegos de artificio. Se les brindaba también ocasión a los periodistas americanos de asistir al paso del «Bremen» por el estuario del Weser para el puerto de su nombre, pero ocurrió que cuando por la noche se dirigieron al palacio del Ayuntamiento, y una vez allí pusieron a buscar sus asientos, les manifestaron que... no había sitio para ellos, pero que no se apuraran, porque las autoridades previsoras, en contemplación al caso, les tenían preparado una «participación» de la fiesta y banquete en un café vecino. Fué tal la humillación que sintieron mis buenos compatriotas, que muchos de ellos regresaron a Berlín, quedando tan sólo los que, revestidos de mucha filosofía, hicieron caso omiso del desaire sufrido.

Pero, en medio de este *lacayismo* de los corresponsales americanos, creo un acto de justicia el estampar los nombres de los señores Conger y Power, de la Oficina de la Prensa Asociada, de Cyril Brown, del *New York Times*, y de Ockermann, de la Prensa Unida, todos ellos periodistas norteamericanos que están haciendo una labor digna y seria por la independencia de sus juicios. *Pero sépase que es un trabajo difícilísimo y completamente vano el conseguirlo.*

Las dificultades con que tropiezan son insuperables. Se les encadena su acción y su voluntad constantemente. No se puede escribir solamente sobre la verdad escueta y sin adornos. *Hay que hacerlo tan sólo sobre aquella parte de la verdad que refleja a Alemania en la luz cenital, tal como le conviene aparecer de vez en cuando.* Alemania ha organizado un servicio de noticias para los neutrales de lo más intrincado que cabe imaginar. Confeccionanse toda clase de ellas, que se distribuyen a los países de exportación (que para este caso son los neutrales); una clase especial va a parar a los Estados Unidos, otro género totalmente diferente a España, y así por el estilo, con marca y sello distinto según que se trate de Suiza, Brasil o China. Para terminar, diremos que hay en Berlín un corresponsal chino entre los demás neutrales. Las «noticias» que le prepara y sirve el comandante Nicolai, serían interesantes y divertidas si algún día, por equivocación, apa-



recieran an las columnas de los diarios que inspiran von Wie-  
gand o Hale.

Existe en New York un ocurrente periódico pro aliados,  
cuyo lema es: «Todo lo que es conveniente se publica». La  
divisa del Departamento de la previa censura germánica pare-  
ce ser: «Se publica sólo lo que nosotros juzgamos conve-  
niente».

Contraste entre lo inglés  
y lo alemán









## CAPÍTULO V

# Contraste entre lo inglés y lo alemán

---









## CAPÍTULO V

---

### Mutua ignorancia

*En este capítulo, aquilata Mr. Curtin la conducta que siguen ambos pueblos alemán e inglés en el trato mutuo de la vida social. A los alemanes les asigna mayor conocimiento del modo de ser inglés que a los británicos del modo de ser alemán. Respecto de los ingleses, afirma que existe una tendencia demasiado extendida, por desgracia, a juzgar la mentalidad alemana colocándose sobre su propio y peculiar punto de vista.*

**E**L inglés!: nunca se habla del británico, del australiano, del canadiense, del escocés, o del natural del país de Gales. Siempre se dice *Engländer*, y según el modo con que Germania ve a los ingleses, debo confesar que representa un cuadro nada halagüeño. Por lo que a mí se refiere, afirmo que no participo de esta opinión.

Para formarse una idea del odio feroz que sienten los germanos (especialmente las mujeres) hacia Inglaterra, se hace necesario que recoja el lector algo de lo mucho interesante que se contiene en los puntos de vista alemanes. El concepto más extendido que se tiene de los ingleses y hasta de los motivos



de su existencia — y conste que lo que piensa un alemán lo cree también la generalidad — se simplifica con esta sola palabra: *Dinero*.

La conversación que sigue es típica respecto al asunto. Cierta noche, hallándome en un círculo en donde también gozaba de la suficiente intimidad para decir lo que pensaba, me aventuré a expresar mi aprobación sobre algunos aspectos que se referían a la causa de los aliados, por ejemplo, «que era verdaderamente admirable el ver cómo toda esa joven población civil británica habíase alistado en el ejército con el mayor entusiasmo». La respuesta no se hizo esperar. Fué unánime. Tradújose sencillamente en la acción que se hace al pasar ligeramente la yema del dedo pulgar sobre la del índice, con que los alemanes y tantos otros pueblos extranjeros, quieren significar la palabra *dinero*.

«Puede usted alquilar cualquier vagabundo en Inglaterra por un marco (un chelín) al día, o, si es en Canadá, a cinco marcos», replicó enfáticamente el *paterfamilias* de aquel hogar. Era una autoridad, pues había hecho, al igual que millares de sus compatriotas, el famoso viaje de la línea Hamburgo-América, que abarca Cuxhaven, Southampton, Londres, isla de Wight, Hamburgo. ¡Vean ustedes si podría conocer a los ingleses!

El rico lord inglés que viaja siempre en primera clase, acompañado de una cohorte de servidores, tirando el dinero a fontas y a locas, constituye todavía una especie de leyenda en Alemania. «Cada inglés tiene su precio», continuó el cabeza de familia.

Todo lo que se diga a los alemanes sobre Inglaterra y el carácter inglés, no obtiene resultado alguno. Si se les dice que Londres no se halla todavía en ruinas, por lo menos la mitad del mismo, no lo creen. Si se les pregunta cómo es que las tropas inglesas llegan a Francia, desafiando el bloqueo submarino, contestan: «¡Bah! Viajan en buques-hospitales; todo el mundo lo sabe.»



## El efecto de la repetición

**D**IEZ meses de vida constante en esta nación, leyendo sus periódicos, casi llegó a convencerme de su modo de ver las cosas, y no fué sin cierta emoción que al llegar a Hull — que los alemanes creen que está destruído — hallé que sigue este pueblo su vida ordinaria como antes.

Sobre el sentimiento que despiertan los ingleses, demuestran las mujeres alemanas aun más virulencia y obstinación que los hombres. Nadie hay que ponga en duda en Germania el extraordinario efecto que se obtiene para su causa con los raids de zeppelines. Los alemanes — y especialmente, otra vez lo diremos, las mujeres alemanas — creen a pies juntillas que por el mero hecho de matar un determinado número de ingleses — hombres, mujeres y niños — el Gobierno de Albión se verá obligado, por las protestas de su pueblo, a pedir la paz. Las naciones, como los individuos, hállanse muy inclinados a juzgar a las otras naciones por sus propios sentimientos e ideas; y los alemanes, a quienes los ingleses creen que son un pueblo insensible, emocionanse con la mayor facilidad, y desde lo alto de sus alegrías precipítanse en las tinieblas de la desesperación, tan pronto de buen humor como amedrentados por algún mal incipiente.

Cuando manifesté a mis conocidos de Berlín que había tenido ocasión de presenciar en Londres un raid de zeppelines y que por ninguna parte observé signo alguno de terror entre los ingleses, se me contestó: «Vea lo que ocurrió en Karlsruhe». En efecto, el bombardeo aéreo de la capital de Baden sembró la mayor consternación entre los alemanes, y es claro por demás, a los que entienden algo de psicología prusiana, que una serie de represalias sobre su población civil, pondría muy pronto un freno a los raids zeppelinescos sobre Inglaterra.

Una de las ideas erróneas que tienen los alemanes acerca del mal uso que Inglaterra hace de su dinero para perjudicar-



les, es que los ingleses alquilan ciudadanos americanos llamados por Germania *schutzengel*n (ángeles guardianes), con el solo y exclusivo objeto de viajar a bordo de los buques británicos que transportan pasajeros, tropas y municiones. También se cree, como dogma de fe, que las victorias coloniales obtenidas por la Gran Bretaña sobre Alemania, han sido porque los ingleses han sobornado a las tropas indígenas. Las expresiones «Negocios como de costumbre» y «Guerra al comercio alemán», tan corrientes al principio de la guerra actual, eran aceptadas por los alemanes como una prueba de la codicia y rapacidad de Inglaterra.

### Equivocaciones inglesas

**E**L hecho innegable es que mientras en Alemania sus naturales conocen a la perfección todo lo que afecta a los ingleses y a su sistema de gobierno, a sus políticos tanto en su vida pública como privada, para después sacar las consecuencias que se quieren obtener, erróneas por supuesto, la generalidad de los ingleses no saben una palabra de Alemania, de su sistema de gobierno y de sus estadistas. Por regla general, los ingleses atribuyen a los alemanes sus propias y peculiares cualidades. Un ejemplo palmario de esto lo tenemos en la idea inglesa de que el buen trato de los alemanes en Inglaterra produciría, a su vez, mejoramiento de condición de los ingleses en Germania. Los prusianos, que tienen muchos caracteres orientales y, además de ello, una apariencia también oriental, piensan como los pueblos levantinos, pues consideran buen trato lo que en el fondo no es, ni más ni menos, sino amedrentar a las gentes y ganarse por todos los medios su voluntad.

Algunos ingleses, mal enterados sin duda, creen que el Reichstag es algo así como la Cámara de los Comunes, y que una votación en Germania ejerce la misma influencia que una votación en Inglaterra.

Nadie, en efecto, se sorprendió en Alemania, cuando los



socialistas se unieron al partido que proclamaba la guerra como una necesidad suprema, a pesar de que esta conducta escandalizara a sus colegas ingleses y americanos. El alemán es, ante todo, germano, aunque sea socialista o alemán naturalizado. Este sentimiento es innato en todo tudesco, apoyado por la tradición y por la escuela desde la edad de cuatro años. El alemán cree sólo a su compatriota. El motivo porque el *Times* se vende libremente a través de toda Alemania, es porque el Gobierno germánico sabe de sobra que no hay ni un solo alemán que crea una sola línea de lo que dice un periódico extranjero. Siempre he llevado conmigo diarios ingleses y americanos en las distintas visitas que he hecho a las ciudades alemanas, y, como es natural, en el curso de las mismas, he tenido trato social con muchos alemanes que conocían el inglés de sobra; pues bien, nunca se dió el caso de dignarse, por su parte, hojear estos periódicos, o si alguna vez por casualidad lo hacían, causábales su lectura una risa desdeñosa.

Tal manera de ser no la comparten, por ejemplo, el poco afortunado Príncipe Lichnowsky y su esposa la Princesa, Embajadores de Alemania en Gran Bretaña cuando la guerra estalló. Parece ser que este distinguido y digno matrimonio pasó gran parte de su tiempo haciéndose eco de una serie de escandalosas informaciones sobre cierto círculo de la sociedad inglesa, en el cual, juntamente con su amigo el conocido chantagista von Kühlman, se tuvo la poca prudencia de admitirles. Pero el ex embajador, que empieza ahora solamente a salir de la frialdad con que fué recibido en su Corte, de regreso de Inglaterra — agosto 1914 — hállase por el momento muy ocupado, me consta positivamente, haciendo circular en su país noticias, según las cuales, y de acuerdo con informaciones recibidas de sus amigos ingleses, existe en la actualidad un partido fuerte, vigoroso y obstinado en Inglaterra, que desea la continuación de la guerra a todo trance y que, por lo tanto, no hay que prestar mucha atención a lo que digan periódicos como el *Manchester Guardian*. Al parecer, el príncipe Lichnowsky cuéntase ahora entre los más ardientes defensores de la paz.



## Lord Haldane

Los alemanes que ocupan posiciones elevadas y que son incapaces de leer en los corazones ingleses, hállanse sumamente perplejos y cariacontecidos al observar la actitud de los que ellos llaman sus «amigos». Hace solamente unas cuantas semanas que me trasladé a Hamburgo, y sólo por incidente tomé parte, en una comida por demás original, y en la que hasta hubo dos platos condimentados con substancias oleaginosas — el primero, anguila al horno, siempre el plato favorito de los alemanes, y que ahora se vende desde 6 a 8 marcos (de 6 a 8 chelines) la libra; el segundo, un ganso del que alguien cuchicheó que no había costado menos de 50 marcos (62'50 pesetas) y todavía se decía que había sido una ganga.

Insinuóse en dicho banquete la posible intervención de ciertos personajes británicos para acelerar el advenimiento de la paz. Hablóse con tal conocimiento de las cualidades personales de las eminencias políticas de la Gran Bretaña, que hubiera sido una sorpresa para todos, a no saberse de antemano que, todos los ministros que componen el Gabinete inglés, tienen sus nombres inscritos en una especie de índice, juntamente con los de sus amigos, los de su mujer, su posición social y, finalmente, lo que se cree ser sus opiniones y creencias. Naturalmente, el primero que se nombró fué lord Haldane. Uno de los caballeros asistentes al festín, por cierto uno de los de más edad, refirióse con lágrimas en los ojos a lo que él llama la «traición» de lord Haldane. «Hemos estado aguardando, con mucha ansiedad por cierto, el momento solemne en que hubiera expresado su desaprobación de los métodos de guerra seguidos por sus paisanos, lo mismo que del gran complot organizado en su país para matar la competencia comercial alemana, pero ha sido en vano», dijo. «Tal vez», replicó la hija mayor del anfitrión, en un inglés excelente, «lord Haldane mantiene sabiamente para sus adentros sus



firmes propósitos de paz. Es cierto que no ha denunciado a la faz del mundo civilizado los malvados procedimientos de que se valen los ingleses, pero, de todos modos, nos basta saber que no se ha unido al traidor Bryce en sus diatribas contra nuestros valientes soldados y demás héroes aéreos».

Un oficial del Ejército que asistía a la comida, hizo gran burla acerca de la manera cómo lord Haldane y Mr. Churchill fueron engañados cuando visitaron Alemania. «Les enseñamos», dijo, «mucho caballería, mucha infantería y de la mejor, pero nada de nuestras ametralladoras y cañones de gran calibre; ni siquiera preguntaron por éstos. Daba risa ver a Haldane vestido a la manera de un pastor luterano.»

El hecho que lord Haldane no llevase, según tengo entendido, uniforme alguno de ministro, causó una gran sorpresa y admiración en Alemania. Un ministro de la Guerra sin uniforme es una cosa estupenda en Germania, algo así como insoluble en el espíritu de todo teutón. Todo el mundo en Alemania usa una especie de uniforme, si es que puede adquirirlo, y parece que esta costumbre se propaga también en Inglaterra, donde los telegramas son entregados por elegantes damiselas uniformadas. Un ordenanza o portero del Ministerio de la Guerra inglés, vestido de paisano, es cosa absolutamente inconcebible para los alemanes.

Referiré aún otra pequeña anécdota, que da perfecta idea del modo de ser alemán. «Nuestro amado Emperador», me decía una de mis caseras, «se mantuvo firmemente en sus deseos de paz hasta que Inglaterra le puso la espada en la mano.»

«Dispéñseme, señora, que esto no es la opinión que se tiene fuera de Alemania. ¿No es un síntoma, que da mucha lástima por otro lado, el ver a su Kaiser constantemente retratado con uniformes militares o navales? Esto no hace muy amante de la paz, que digamos», contesté.

Al decir esto nos hallábamos en un balcón. Abalanzóse mi interlocutora a las persianas, las que cerró con estrépito, al parecer muy asustada. «Los vecinos pueden oírle». «¿De qué se trata?», exclamé. «¡Delito de lesa majestad, prisión, puede traer este lenguaje!», balbuceó temblorosa.



Si refiero esta historietita es para convencer a los ingleses de que nada hará que ellos y los alemanes lleguen a comprenderse mutuamente, salvo los argumentos contundentes que los británicos descargan sobre sus adversarios en el Somme. Mencioné aquel suceso a un amigo de Berlín. Se sorprendió un poco de mi admiración. «Esta mujer tenía razón. Usted no sabe a lo que se exponían tanto uno como otro, de haber continuado usando palabras tan peligrosas.»

La opinión germana ha reaccionado mucho. El desprecio en que se tenía a los ingleses antes de la guerra, lo sienten ahora los germanos para los Estados Unidos. Sépase que una gran propaganda viene haciéndose en favor de Inglaterra, aunque de una manera muy lenta, tanto por parte de los heridos como de los que vuelven con permiso del frente occidental. A estos esfuerzos se debe, lo mismo que al de los oficiales alemanes, que desaparezcan de los periódicos festivos las caricaturas de los zancudos soldados de Albión — generalmente un infante escocés — con sus piernas al aire, corriendo como un gamo para salvar su piel o diciendo que no volverá a reñir más batallas, a menos que le concedan un extra de 5 chelines más por día. Los editores de estos periódicos han recibido protestas de los soldados teutónicos, diciendo que tales grabados no se ajustan a la verdad, además de que el efecto que se obtiene es contraproducente, pues empequeñece el valor alemán al tener que habérselas con tales mamarrachos, siendo todo lo contrario, al parecer. Porque téngase en cuenta que es la flor y nata de la infantería germana la que hace frente a los ingleses en el Somme. Fueron también las mejores y más aguerridas tropas alemanas las que, ola tras ola, en asalto furioso, fueron aniquiladas frente a Verdún. Ahora parece que, como obedeciendo a una consigna, los germanos mandan sus mejores contingentes contra los ingleses, australianos y canadienses. A lo menos, esto es lo que se me ha manifestado repetidas veces.

Alemania ha utilizado en esta cruenta lucha todo lo que ha podido tocante a material de guerra para ayudarle en la victoria. Para las personas que conozcan a Germania, no les ex-



trañará el saber que se ha accedido ya a las demandas procedentes de diferentes esferas para emplear a los criminales en los servicios más peligrosos en el frente de batalla, adonde son expedidos con frecuencia. Me consta, por conductos muy fidedignos, que algunos de estos forzados han sido encadenados a las ametralladoras, poniéndoles en el terrible dilema de vencer al adversario o morir. Alguna razón tendrá Alemania para echar mano de estos procedimientos, que dan un solemne mentís a sus manifestaciones de no permitir jamás a las personas de antecedentes penales servir en su glorioso ejército.

### El idioma alemán en las calles de Londres

Los alemanes creen que la pobreza y el descontento reinan en las islas del Reino Unido. Existe un periódico que se publica en Inglaterra, llamado *Labour Leader*, — el cual, dicho sea en honor de la verdad, no me consta haberlo visto circular en Alemania, — que está haciendo un daño considerable a la causa de la Gran Bretaña. Constantemente expone que existe en Inglaterra una situación tan enmarañada entre la población de este país, que a la verdad me ha sido difícil el dar con ella. Desde que llegué a Albión he recorrido Londres en toda su extensión, tanto los barrios de la plutocracia como los más modestos y ruines, y aunque es verdad que los precios en las tiendas parecen elevados (los huevos a 3 chelines 6 dineros la docena, resultan más caros que en la misma Germania hace algunas semanas, igual que la manteca, a 2 chelines la libra, que tampoco tiene nada de barato), no veo, a pesar de ello, ningún signo en contra de la prosperidad de la nación inglesa. En efecto, no deja de ser un contraste por demás chocante el contemplar los escaparates de las tiendas de Londres abarrotados de géneros y la ausencia de estas interminables colas de gente, con sus bonos, aguardando en la



calle a que les llegue su turno, como sucede en Alemania. Resulta también muy curioso el oír hablar alemán en la capital de Inglaterra de una manera tan extendida, que un oído acostumbrado como el mío por una permanencia de diez meses en la *Vaterland* al momento lo descubre.

Por el contrario, es muy raro oír hablar inglés en Alemania, y si se hace debe ser a hurtadillas. Una noche comía con uno de mis mejores amigos, un vivaracho paisano, quien exclamó, como si saliera de una pesadilla: «Podemos hablar en inglés, porque los alemanes hacen tal ruido comiendo, que no nos oirán». Uno de los tesoros que he traído de Alemania es un manual del perfecto comensal, que me servirá divinamente en Inglaterra, pues con él podré decir a estas gentes la manera de comer la sopa silenciosamente, que no hay que usar el cuchillo al comer guisantes, y el modo de colocarse la servilleta para evitar el que se crea que está uno en la peluquería haciéndose afeitar, y muchos otros procedimientos por demás curiosos, que demuestran las diferencias del arte de comer alemán con el que usan los británicos.

Es asunto por demás arduo el descubrir el descontento que reina en Germania y las distintas formas que afecta. Lo haré con la mayor cautela y exactitud, porque observo que hay en Inglaterra una cierta clase de público que a la menor insinuación, que se toma por noticia halagüeña, salta y brinca de gozo, como si creyera que todo ha terminado con el enemigo.

Pero sabed, señores ingleses, que vuestro mayor enemigo está todavía lleno de vida. A la pregunta que me dirigís: «¿Pero cómo se explican en Alemania el *asunto* de Verdun?», os diré que no lo explican, dicen sencillamente que han cumplido con su misión. No hay duda que vino a ser en ocasiones (salvando la irreverencia) un magnífico matadero de la mejor infantería gala. ¡Las pérdidas francesas en Verdun han sido colosales! Pero esto no es cierto, por supuesto. Si acontece que ustedes pidan a los alemanes que expliquen el por qué no han tomado Calais, contestan que nunca han tenido intención de tomarlo. Fué sencillamente una diestra y hábil manera del Gran Estado Mayor alemán de atraer sobre sí el



grueso del ejército aliado, para de este modo poder completar mejor las formidables defensas del Somme. Si se les arguye que no hay, en realidad, bloqueo submarino de Inglaterra, no lo creen, al contrario, manifiestan que la escuadra inglesa hállase al abrigo, bien escondida, en Bantry Bay.

Resulta, como veréis, chocante que se crean tales cosas, que a la larga no han de hacer más que perjudicar a Alemania, pero me veo obligado a declararlo así para exponer los puntos de vista alemanes acerca de la posición y acción de la Gran Bretaña en esta cruenta hecatombe. Han transcurrido dos años del semibloqueo que Albión pone a Alemania; dos años que Alemania va desangrándose en tremendas y colosales pérdidas humanas; dos años en el convencimiento que abrigan las clases desheredadas que esta guerra es sólo en provecho de una oligarquía plutocrática y es natural que se crea, con tales antecedentes, que la caldera que alimenta la máquina gubernamental alemana, vaya a estallar cualquier día sometida a tan enorme presión. Pero no es así, porque el menor asomo de victoria, hábilmente explotado, tal como la caída de Constanza y sus espléndidos graneros en manos de los imperiales, aplaca esas amargas recriminaciones del pueblo germano, que lentamente van extendiéndose oyéndose por doquier, y de las cuales hablaré muy en breve.

### Cómo piensan los alemanes en la actualidad

**E**L reciente discurso del Príncipe heredero da la clave de cómo piensan en Alemania con respecto de los países neutrales, contemplando al mismo tiempo, con mal reprimido coraje, la aproximación de éstos a Inglaterra. «¡Oh, esos pobres soldados ingleses castigados tan duramente por las bayonetas y cañones prusianos!» O bien: «¡Mirad a esos infelices franceses, completamente extenuados, sin sangre ya en sus venas, por la codicia de esa miserable Inglaterra!». Como se ve, el tono ha bajado mucho, si se le compara con



la verborrea germánica de agosto de 1914, cuando se las prometían felices, crispándose de gozo en contemplación del reparto del botín procedente del saqueo de París y Londres, así como del apoderamiento de toda la flota británica, que de manera tan inopinada iría a engrosar, sin disparar un tiro, la ya formidable y temida escuadra alemana.

Todavía recuerdo el cálculo de lo que produciría este saqueo. Londres iba a proporcionar al Tesoro alemán unos tres mil millones de libras al contado, y Glasgow, al contado rabioso también, unos dos mil millones, porque hay que tener presente que los teutones tienen un perfecto conocimiento de los lugares en donde se oculta el oro inglés. Poseen minuciosos detalles de todo lo que tiene Inglaterra, pero se equivocan lamentablemente al calcular muy por debajo de su verdadero valor, el espíritu de sacrificio que anima a la Gran Bretaña.

En general, el pueblo alemán no puede comprender el concepto que se tiene en Inglaterra de S. M. I. el Kaiser y de S. A. R. e I. el Príncipe heredero. Para los alemanes el Emperador es un amantísimo buen padre de sus súbditos, explicándose así las magníficas y brillantes recepciones que en todos, y hasta los más apartados rincones de sus dominios, le tributan. Es verdad que se halla un poco más blanco en canas, pero no hay en él el menor signo de decrepitud, como equivocadamente se cree de él en Inglaterra.

Parece ser que el séquito que rodea al Emperador es el que esparce el rumor de que él, en persona, es quien se opone a la campaña submarina y a los raids de los zeppelines. No cabe duda que el todopoderoso Señor de la Guerra hállase muy alarmado por la especie que se ha echado a volar, o sea, que en caso de derrota pudiera compartir la misma suerte reservada a Napoleón. Con referencia al Príncipe heredero, que aparece una gran figura a los ojos de los ingleses, se ocupan muy poco en Alemania. De vez en cuando, y de sobremesa, en ciertos círculos se habla de sus aventuras amorosas y de sus disgustos domésticos. Pero no llega a despertar ahora popularidad alguna, al igual que el presumido príncipe Rupprecht de Baviera.



Desde que estoy de regreso en Inglaterra, he creído ver algunas alusiones en los periódicos de este país respecto a si todavía, y a pesar de todas las prohibiciones severísimas, se comercia en Gran Bretaña con Alemania. Téngase entendido que si este sistema se ha implantado con objeto de aplacar el furor alemán — como se cree en Germania — tal política no puede ser más equivocada. Todo alemán hállase convencido de que si el Gobierno inglés diera una disposición mandando confiscar toda la propiedad particular germana en Inglaterra, se daría con ello un gran paso para la conclusión de la catástrofe más grande que registran los siglos. Porque Alemania sabe de sobra que, mientras que la Gran Bretaña y sus colonias tienen pocos intereses empleados en suelo germánico, no ocurre lo mismo por lo que a Alemania se refiere, pues la suma de aquellos que medran a la sombra del pabellón del Reino Unido, es verdaderamente abrumador.

Cuando tenga que hablar de la importante cuestión de los prisioneros, que dicho sea de paso he estudiado sobre el terreno, tendré que decir algo tocante a la debilidad que ha mostrado el Gobierno inglés con respecto a los pocos nacionales suyos internados en Alemania, y el gran ejército de teutones que se hallan también en la misma situación en Gran Bretaña. El mayor número de prisioneros alemanes coloca a Inglaterra en una posición preeminente, si sabe sacar partido de ella.

En mis cuatro visitas a Alemania durante la guerra, me he convencido de que sólo a la supina ignorancia inglesa del modo de ser alemán, así como al desconocimiento teutónico de la psicología inglesa, débese única y exclusivamente que no se mejore el trato a los prisioneros de Ruhleben y otras partes, pues, de continuar tal estado de cosas, no me extrañará que la enajenación mental llegue algún día a hacer presa en aquellos infelices.





Desde que estoy de regreso en Inglaterra, he estado viendo algunas cuestiones en los periódicos de este país respecto a la industria y a pesar de todas las prohibiciones, se sigue haciendo comercio en gran medida con Alemania. El negocio es el que se ve a simple vista en la industria con otros de aquel país. En el momento en que se dice en el momento en que se dice que puede ser una equivocación. Una gran industria convencería de que si el Gobierno no se da disposiciones mandando contra toda la propiedad particular germana en Inglaterra, se daría con ello un gran paso para el comercio de la casa. Pero más grande que registrar los artículos. Los alemanes saben de sobra que mientras que la industria y sus artículos tienen pocos intereses comerciales en el momento en que ocurre lo mismo por lo que a Alemania se refiere, pues la suma de artículos que mandan a la compañía del papalio del Reino Unido, es verdaderamente alarmante.

Cuando tenga que hablar de la importante cuestión de los intereses que dicho sea de caso se está haciendo sobre el terreno, puede decir que se refiera a la debilidad que ha mostrado el Gobierno inglés con respecto a los pocos intereses suyos internacionales en Alemania, y el gran efecto de los tonos que se están haciendo en la misma situación en Gran Bretaña. El mayor número de personas alemanas coloca a Inglaterra en una posición precaria, si sabe sacar partido de ella.

En mis cartas sobre Alemania durante la guerra, me he convencido de que sólo a la acción ignorante inglesa del modo de ser alemán, así como al desconocimiento técnico de la psicología inglesa, débese más y exclusivamente que no se motive el tipo a los psicólogos de Huxley y otras partes para continuar tal estado de cosas, no me extraña que la conexión misma, que sigue a la hora de hacer presas en asuntos ingleses.



## Tommy en Alemania (\*)

---

---

(\*) La palabra *Tommy* en inglés es el diminutivo del nombre propio *Tomás*, y se usa para designar al soldado inglés, lo mismo que la palabra alemana *Heiny*, usada también en esta crónica, diminutivo del nombre propio *Enrique*, se emplea para expresar el soldado alemán. — (M. del T.)









esto no se me acordó término alguno de permanencia en dicho país, y que tan pronto como hubiese adquirido la confianza, si no toda, porque es difícil, al menos la que se pudiera en estos casos, de las autoridades alemanas, que no mirara en mí como un extranjero, como los iba a casa 30,000 soldados británicos prisioneros y a los 4,000 prisioneros ingleses, también hoy en cautividad. Debía transmitir esta información a los alemanes, a los Estados Unidos, y si ello no fuese posible, tomar los necesarios datos para llevarlos conmigo a la salida del Imperio. Declaro que por mucho que se me intentó me fue del todo imposible el confiar estos

## CAPÍTULO VI

### La vida de los prisioneros

*En este capítulo se expone el tratamiento que reciben los prisioneros ingleses en Alemania con la pintoresca descripción de cómo el autor se encontró por primera vez con un soldado británico prisionero, que en vez de vestir de khaki llevaba el uniforme ruso.*

**D**ÍA llegará en que el mundo que habitamos verá inundado de literatura dramática, en la que se describa con todo lujo de detalles innumerables episodios, algunos terroríficos, otros románticos, sobre la manera cómo se ha deslizado la vida de los soldados de Albión hechos prisioneros en las primeras fases de la guerra, al igual que su trato despiadado, sus escapatorias y sus tentativas de evasión. Me cabe el honor de ser el primer escritor neutral que ha presenciado con los ojos bien abiertos el trato que reciben los prisioneros en Alemania.

• Cuando en agosto de 1915 recibí instrucciones para pasar a Alemania, me pusieron por condición que fuera muy minucioso tocante a este asunto, y que no reparara para nada en el factor tiempo, pues para cumplir a conciencia con mi comen-



tido no se me señaló término alguno de permanencia en dicho país, y que tan pronto como hubiese adquirido la confianza, si no toda, porque es difícil, al menos la que se pudiera en estos casos, de las autoridades alemanas, que no mirara en medios para averiguar cómo les iba a esos 30,000 soldados británicos prisioneros y a los 4,000 paisanos ingleses, también hoy en cautividad. Debía transmitir esta información vía Holanda, Suiza o los Estados Unidos, y si ello no fuese posible, tomar los necesarios datos para llevarlos conmigo mismo a la salida del Imperio. Declaro que por mucho que aguzé el ingenio me fué del todo imposible el confiar estos apuntes al correo.

También conviene hacer constar que esta parte de mi trabajo ha sido la más ardua y difícil de todas las demás investigaciones que he realizado en Alemania, no sólo durante estos diez meses, sino también en el transcurso de mis anteriores permanencias en dicho país.

Incumbe a la policía alemana la tarea de enseñar a tantas personas como se pueda los odiados cautivos ingleses. Los 30,000 de estos últimos han sido diseminados, a lo menos, en unos 600 campamentos *ad hoc*. Debido al agotamiento evidente del ejército alemán, se hace difícil el hallar suficiente personal encargado de la custodia de tantos establecimientos. Los prisioneros británicos se mueven constantemente, trasladándolos de un punto a otro. Se hace esto con mucha ostentación, enseñándolos en las estaciones de tránsito, en donde, hasta no hace mucho, se les escupía por los espectadores, y al darles café se invitaba al público para que depositase antes sus salivazos en las tazas de la humeante infusión. Esto es sólo una parte de los desprecios y abominaciones que tienen que sufrir. Hay otras cosas que no pueden escribirse, a lo menos trasladarlas a las cajas de una imprenta.

¡Cuántas noches he pasado en vela en Berlín afanándome para hallar un medio para ponerme en contacto con alguno de estos desgraciados! Había aprendido algo en uno de mis anteriores viajes en 1914, por haber ya visto un grupo de prisioneros en cierta ocasión. Por aquel entonces me había sido



imposible el poder entablar conversación con los mismos, ya que el servicio de vigilancia y custodia se prestaba de la mejor manera por soldados muy activos.

## El primer prisionero con quien hablé

Fué una verdadera casualidad. Ocurre muchas veces en la vida que los más difíciles problemas se resuelven automáticamente. No estoy autorizado para hacer público el lugar donde hablé privadamente con un grupo de 60 prisioneros, pero no creo que haya inconveniente alguno en que diga cómo pude lograr dicha interviú. Me valí de los viajes periódicos que la Agencia Cook (entidad absolutamente neutral) organiza de vez en cuando.

La manera de ser de mi profesión en una ciudad tan recelosa como Berlín, el tremendo cuidado que se requiere para disimular en la conversación, la constante zozobra en que vive uno, pensando si será descubierto o no, ponen tan a prueba los nervios del interesado, que con objeto de escapar a esta especie de suplicio, me decidí un domingo a pasar un día de campo juntamente con otro compañero, también neutral como yo. Entonces fué cuando, por mero accidente, me tropecé con el primer *Tommy* en tierra alemana.

Al llegar a nuestro destino nos pusimos a buscar un restaurant decente en donde poder saciar nuestro apetito, cuando reparamos en un gran cartelón escrito con gruesos caracteres que colgaba en la parte exterior del muro de una antigua casa de labranza y que decía:

*Jeder Verkehr der Zivilbevölkerung mit  
den Kriegsgefangenen ist STRENG VERBOTEN*

o sea

«Se prohíbe severamente toda comunicación del elemento civil con los prisioneros de guerra.»

Estos avisos, que amenazan al paisanaje con penas gra-



ves si tratan de cambiar algunas palabras con dichos cañi-  
vos, son corrientes en Germania, pero no creía hallarlos en  
una aldea tan diminuta como la en que nos encontrábamos.

Mi compañero creyó que podría sacar una magnífica foto-  
grafía si yo consentía en colocarme debajo de aquel rótulo.

### Un inglés vestido de ruso

**A**L efectuarlo así, un ruso salió de la casa de campo, di-  
ciéndonos en alemán muy macarrónico: «¿Van ustedes  
a sacar una fotografía?» Contesté en alemán que sí.

Luego, al oirme hablar en inglés con mi amigo, púsose en  
acecho mirando arriba y abajo de aquella solitaria calleja para  
descubrir, al parecer, si era espiado, y al convencerse que no,  
vino hacia mí alborozado, hablándome con marcado acento  
londinense.

«¿Entonces usted habla inglés?», le dije.

«¡Pero si soy inglés!» contestó. «Soy un prisionero in-  
glés».

«¿Pero qué es lo que está usted haciendo con este unifor-  
me ruso?»

«Es lo único que he podido encontrar cuando me vi obli-  
gado a arrojar mis ropas por andrajosas».

Manteniéndose constantemente en observación, nos contó  
su historia. Era uno de los que formaron en las filas del anti-  
guo ejército expedicionario inglés: fué recogido por los alema-  
nes en los campos de batalla de Mons, atravesado su cuerpo  
por cinco balazos, y después de una larga serie de vergonzos-  
sas humillaciones, había circulado de campamento en campa-  
mento hasta dar con sus huesos en aquella pequeña aldea,  
donde servía admirablemente para la conducta que sigue el  
Gobierno alemán de exhibir en sus pueblos, por recónditos y  
apartados que sean, «un ejemplar inglés». «Soy aquí el repre-  
sentante de John Bull», nos dijo en estilo humorístico.

Robinson Crusoe en su isla no hubiera ignorado tanto la  
verdad sobre la guerra como este hombre, porque si bien es



cierto que sabía decir algunas palabras en alemán, en cambio no podía leerlo. Las únicas noticias que podía adquirir provenían de los prisioneros franceses, belgas y rusos, y algunas también llegaban a su conocimiento sobornando a un soldado del ejército territorial con un poco de azúcar o margarina sacado del paquete postal que le enviaban de Inglaterra. Dicho prisionero hallase asqueado de la batalla de Mons y del modo cómo se habían retirado, sin apoyo alguno, y sobre todo del abandono en que se les ha dejado en Alemania, siendo muy amargas las consideraciones que me hizo ante la pasividad de las autoridades inglesas referente a este asunto. Pero, a pesar de la atmósfera de desolación y tristeza que le envolvía, siendo el único inglés de aquel lugar en muchas leguas a la redonda, completamente aislado de los centros de comunicación, ignorando todo lo que se pasa en la guerra, y si acaso no oyendo más que inexactitudes, encontré a nuestro Tommy tan esperanzado en la victoria final de los aliados como reb que más.

Le pregunté si sabía de su familia. «Sí», me dijo, «de vez en cuando, pero no me cuentan nada y yo, a mi vez, tampoco puedo hacerlo. Si va usted a Inglaterra, le encargo mucho que diga que no crean en nada de lo que escriben los prisioneros ingleses. Solamente circulan las cartas favorables a Alemania, pues aquellas en que hay por asomo algún resquicio de verdad acerca la verdadera situación de este pueblo, son quemadas inmediatamente por la censura. Le suplico también que manifieste a quien corresponda que hagan el favor de poner mejores embalajes en los paquetes que recibimos, y al mismo tiempo ver si se puede conseguir que recibamos, a lo menos, uno por semana, y que no se envíen, por ejemplo, cinco a un prisionero, de una vez, como se dan muchos casos, y ninguno a un pobre diablo como yo, que me hallo completamente solo. ¿Cómo anda la guerra?», inquirió después de una pausa. Le expuse mi opinión. Contestóme que le parecía que no debía andar muy bien para los alemanes, no por lo que le decían allí ni por lo que leía en aquel horrible periódico llamado el *Continental Times*, sino



por lo que observaba en la gente a su alrededor, y en las visitas periódicas de los empleados. Además, el pueblo no abusa tanto de nosotros como antes. Las autoridades superiores ya no nos tratan como perros, y por lo que se refiere a los soldados de la *Landsturm*... ¡observe a este buen *Heinrich* (\*) que se acerca!»

### “Heiny” del ejército territorial

**E**N aquel momento un desarrapado, algo torpe de movimientos, viejo soldado de la *Landsturm*, doblaba la esquina, y al verlo nuestro buen londinense tratóle con la mayor familiaridad.

«¿Está usted bien, no es verdad Heiny, mientras pueda participar de mis terrones de azúcar de vez en cuando?», dijo a aquel decrepito y anciano guardián en su jerigonza alemana.

Para mí, esta escena fué toda una revelación. Los soldados ingleses, no hay duda, están ya hartos de su cautiverio, pero no es menos cierto que estos viejos individuos de la *Landsturm* hállanse todavía más cansados de su trabajo. Constituye un verdadero rompecabezas para las autoridades alemanas el contemplar a esa pléyade de jóvenes de Albión, siempre de buen humor, y a quienes más de dos años de toda suerte de crueldades y vejaciones no han podido amilanar.

«Ya usted ve», observaba un empleado alemán muy decente, relacionado con el departamento de la previa censura (que describiré dentro de poco), «cuán diferentes son estos ingleses; todos invocan lo que ellos llaman sus «derechos»; muchos no quieren trabajar en domingo, y hasta resulta inadecuado el amenazarles, pues no podemos conseguir que lo hagan. Además, ahora tenemos que volvernos muy parcos con respecto a malos tratos. Como hombre ilustrado, comprenderá usted muy pronto que a pesar de que la generalidad de nuestro pueblo ignore que los ingleses han capturado a

---

(\*) *Carique*, en alemán. — (N. del T.)



muchos de nuestros compatriotas, puesto que estos hechos no se mencionan nunca en los comunicados oficiales, los que ocupamos cargos públicos hemos recibido ya indicaciones que tienden a demostrar que algún día la suma de prisioneros ingleses puede equilibrarse a los nuestros, y entonces todas esas penalidades que sufren estos condenados británicos pueden convertirse en la pena del Talión para nosotros.»

Ha transcurrido mucho tiempo desde este incidente que acabo de relatar, pero me conviene hacer constar que desde el principio de la batalla del Somme ha habido, si mis informes son exactos, un marcado mejoramiento en el trato que se da a los prisioneros ingleses en toda Alemania, salvo en la cuestión alimenticia, que empeora de día en día para todos sin distinción.

En adición a lo ejecutado por Inglaterra de retener un cierto número de alemanes en rehenes de los cogidos en el Somme, que sirvan para responder del buen tratamiento de los prisioneros británicos, creo, como americano que soy, que me cabe la honra de reclamar para nuestro Embajador y personal a sus órdenes, una buena parte de lo que se ha hecho en este sentido.

Y ahora, continuando el hilo de mi narración respecto al prisionero londinense vestido con uniforme ruso, diré que son tantos esos prisioneros ingleses que visten uniformes rusos, belgas, franceses o una mezcla de los mismos, que no hay la menor posibilidad de que el tal hijo de Londres sea reconocido por las autoridades alemanas, por lo que se tomó la fotografía en las mismas barbas del soldado de la *Landsturm*, quien no hizo nada para impedirlo.

### “Heiny” cansado de la guerra

**H**EINY», nos dijo el inglés disfrazado de ruso, «está harto de la guerra. ¿No es así, mi viejo Heiny? Durante estas últimas semanas, un nuevo llamamiento a filas ha dispuesto de todos los hombres disponibles del distrito. Hemos teni-



de que trabajar catorce horas diarias, y me gustaría saber lo que piensan de ello mis familiares cuando sepan que nos dan áschelines por cada diez días de trabajo. Me consideré dichoso al poder ofrecerle alguno de mis cigarrillos, al mismo tiempo que comunicarle noticias exactas y verídicas acerca de la marcha de la guerra, todo lo cual repitió después a Heiny de la *Landsturm*. Le indiqué que esto podría serle perjudicial. «De ninguna manera», me dijo. «Centenares de estos viejos germanos desean tan sólo malas noticias, pues creen que es el único medio de acabar con esta terrible situación». De la verdad de este aserto pueden responder mis datos personales tomados en los grandes centros manufactureros, y de los cuales hablaré a su debido tiempo. Nuestra conversación cesó al divisar a lo lejos la presencia de un *Feldwebel* (suboficial). Fué muy cómico. Mi londinense desapareció como por encanto, y Heinrich continuó su servicio de vigilancia en su campo de operaciones.

El incidente que llevamos referido no es lo lógico que ocurre con frecuencia en la vida diaria de los prisioneros ingleses en Alemania, pero da una idea aproximada de lo que puede esperarse de un sinnúmero de entre estos 30,000 cautivos, apoyados tan sólo en la confianza que les da su extraordinaria presencia de ánimo y buen humor. Me propongo agotar este tema. No en balde me he pasado semanas enteras ideando medios para entrar en relación con los mismos, y si en Inglaterra desean saber o no más detalles de cómo les va a sus paisanos en Alemania, declaro que es un deber sagrado cumplir mi promesa (tanto por lo que se refiere a oficiales como soldados) de poner a mis lectores en antecedentes tocante a este asunto.

Mis impresiones sobre estos prisioneros pueden resumirse así: Gente muy viva y despierta, llenos de recursos (sus evasiones han sido admirables), individuos que nunca se dan cuenta de su desgracia. Si Inglaterra posee bastantes de este tipo de hombre que acabo de ver, no puede en manera alguna ser derrotada.



## Un campamento modelo











## CAPÍTULO VII

---

El temor a represalias ha impuesto a los germanos la necesidad de tratar humanitariamente a los prisioneros que guardan.

*En este capítulo Mr. Curtin prosigue su estudio acerca del trato que reciben los prisioneros en Alemania, y saca la consecuencia de que el mayor número de prisioneros alemanes en Inglaterra da a este país el medio para obtener un mejor tratamiento de sus prisioneros en Germania que el que han conseguido hasta la fecha.*

**E**L obtener información en Alemania resulta tarea tan difícil como el poder luego enviarla a su destino después de haberla conseguido. Tan pronto como los teutones se han dado cuenta de que los acontecimientos no van conforme a sus deseos, sobre todo desde que los ingleses y franceses hicieron gran número de prisioneros procedentes de la famosa Guardia prusiana y otros cuerpos *d'élite*, se han instalado en el Imperio un cierto número de excelentes campamentos, rogando a los viajeros neutrales que se tomen la molestia de visitarlos.



Antes de pasar adelante en la descripción de una de estas grandes ciudades de prisioneros, (porque este carácter es el que realmente tienen estos establecimientos), no estará de más repetir que, ahora que Inglaterra posee una importante masa de cautivos alemanes en su territorio, sea tal vez este el motivo para que Alemania, por miedo a represalias, trate en lo futuro más humanamente a sus prisioneros. Estas ideas han sido expuestas en el *Frankfurter Zeitung*, y citadas en el *Times* del 2 noviembre de 1916. En este artículo, el importante diario alemán se hace lenguas, como vulgarmente se dice, del inmejorable trato que da Alemania actualmente a sus dos millones de cautivos, aproximadamente.

Pero no hay necesidad de recordatorios como el de Wittenberg, ni aun como los informes tan ajustados a la verdad que ha publicado la importante revista *Blackwood's Magazine*, para que el mundo conozca lo que *ha sucedido* a los prisioneros ingleses en Alemania.

Es asunto demasiado sabido a través de todo el Imperio germánico que las tareas más detestables de la guerra en su relación con los prisioneros, han sido asignadas a los ingleses. Las conversaciones que he tenido en Londres me han dado el convencimiento de que el público inglés no se hace cargo con exactitud de lo que es un prisionero a los ojos del pueblo alemán.

**El registro de prisioneros se lleva en Alemania con gran escrupulosidad.**

**E**N primer lugar, todo prisionero es un rehén. Si se trata de un oficial, estimase su exacta posición social por las autoridades de Berlín, que a este efecto llevan un minucioso registro de todos los oficiales prisioneros, en el que consta el nombre de sus familias así como su posición social y política en Inglaterra. De este modo, cuando en la Gran Bretaña, de manera errónea sin duda, antes de tener suficiente número de alemanes cautivos, dieron un tratamiento diferente a los pri-



sioneros procedentes de submarinos germanos, al tener conocimiento de ello el Gobierno alemán acudió con presteza a este registro, escogiendo a algunos oficiales ingleses relacionados con la Cámara de los Lores y de los Comunes, tratándoles acto seguido como reos ordinarios convictos y confesos.

Teniendo actualmente los ingleses un gran número de oficiales alemanes prisioneros, algunos de ellos pertenecientes a familias muy distinguidas con influencia imperial y política, me parece que es el momento oportuno para obtener mejor trato de sus colegas ingleses, aplicando tan sólo un poco de sentido común al relacionarse con las autoridades alemanas.

Otro de los aspectos de esta interesante materia, lo tenemos en el valor que tiene un prisionero para los alemanes, considerado desde el punto de vista utilitario. Medítese por un momento la enorme importancia económica que representa en estos instantes el poder disponer de dos millones de trabajadores casi esclavos para emprender la desecación de pantanos, roturación de terrenos, construcción de caminos y vías férreas, lo mismo que el trabajo de las fábricas por cuenta y a beneficio de los intereses germánicos.

Algunos de los escritores militares ingleses no cuentan con esa importante partida intacta en el Haber de Germania, cuando discurren sobre el poder de la misma. La cosa es obvia. Dos millones de prisioneros representan otros dos millones de combatientes en el campo de batalla, por no haber necesidad de retener a estos últimos en el ejercicio de su profesión, pudiendo contar con los primeros.

El contingente más grande de prisioneros lo proporciona Rusia. Por todas partes se los encuentra uno. Gozan de más libertad que sus compañeros de infortunio de otra procedencia, ya que viajan en tranvía o ferrocarril, yendo y viniendo de su trabajo sin custodia alguna muchas veces. Hácese muy difícil su evasión, tanto si se trata de aquellos que todavía conservan, a través de los azares de la lucha, sus uniformes en buen estado, haciéndose fácil su reconocimiento, como de los que, no poseyéndole ya, llevan una banda distintiva muy an-



cha por la cintura o en la espalda. Es gente tranquila, contenta con su suerte, dócil, de un vigor físico admirable, y acostumbrados a un régimen alimenticio inferior al de los demás prisioneros, si se exceptúan los servios.

Los ingleses son los menos numerosos pero los más estimados, porque con ellos se mantiene, con sólo su presencia, el fuego sagrado del patriotismo alemán. «Dios castigue a Inglaterra», se oye por doquier.

«Son mucho más difíciles de gobernar este puñado de prisioneros ingleses que el total del resto de nuestros dos millones», me dijo una vez un suboficial alemán. Hay que confesar que tenía razón. Los 30,000 prisioneros británicos son los más revoltosos, los más atrevidos y los que con más facilidad se rebelan contra cualquier tiranía que se les imponga.

Declaro una vez más que deseo ser muy imparcial en la tarea que me he impuesto de reseñar las impresiones recibidas en Alemania durante mi permanencia de trescientos días en este mi cuarto viaje a través del Imperio.

Pasaré a describir acto seguido el gran campamento de prisioneros de Soltau, con sus 31,000 habitantes — una verdadera ciudad como la llamaríamos nosotros al otro lado del Atlántico.

A cinco horas de Berlín, sobre esas llanuras áridas y monótonas conocidas con el nombre de *páramos de Lüneberg*, levántase hoy esta ciudad improvisada, que ha sido construída con la celeridad característica de una población minera de Colorado. Con objeto de poder estudiar el lado bueno y humano del sistema que sigue Alemania en el trato que da a sus prisioneros, me dirigí en Berlín al Ministerio de Negocios Extranjeros, solicitando su autorización para poder acompañar, en su visita a este campamento, a Halil Halid Bey (Cónsul general que fué de Turquía en Berlín) y al señor Müller (miembro de la sociedad formada para el desarrollo de los intereses germanos en el Extremo Oriente).

Concedido que me fué el permiso necesario, llegué a Soltau en compañía de los referidos señores. Nos aguardaba un automóvil militar, que nos condujo a través de una magnífica



carretera construída por los prisioneros, a la más grande y numerosa colección de barracones o chozas que haya jamás visto en mi vida.

Nada hay de pecaminoso, al parecer, con respecto al trato que reciben en el campamento de Soltau los 200 ingleses aquí prisioneros, pues se hallan tan bien tratados como el que más en Alemania. El comandante del establecimiento parece muy bueno. Debe serlo en realidad, porque ha de necesitarse mucho tacto para poder gobernar una muchedumbre tan compleja como abigarrada, lo cual, solamente puede desempeñar una persona discreta y de gran prudencia.

De la buena impresión que me causó dicho gobernador, tuve confirmación acabada a bordo del barco que me llevó hace poco de Rotterdam a Hull. En dicho buque me encontré con un belga que acababa de escaparse de Alemania, y que había estado en el campamento de Soltau. «Nuestro comandante», me dijo, «era una excelente persona. Si llego a formar parte de las tropas expedicionarias aliadas que entren algún día en Soltau para libertar a nuestros cautivos, haré lo posible para que se dé un buen trato a nuestro antiguo jefe».

Nuestra inspección del campamento duró unas seis horas. Halil Halid Bey, que habla muy bien el inglés y parece un irlandés por su aspecto, se hallaba tan satisfecho de lo que vió como podía estarlo yo.

Cúidase mucho del confort de los prisioneros, manteniendo sus dormitorios en un estado de extrema limpieza. Es verdad que tal vez los hombres estaban colocados demasiado juntos, pero no más de lo que acontece a bordo de un buque de guerra.

Llega uno a pasmarse al recorrer millas y millas por entre cabañas reunidas y alineadas en manzanas, de la misma manera como lo están las casas en nuestras ciudades americanas.

Visitamos el Hospital, que es tan bueno como pueda ser cualquiera de los Hospitales civiles de otros países. Aquí fué donde oí la primera queja, proferida por un irlandés pelirrojo, de voz silbante a consecuencia del asma que padecía, pero



conste que sus enfados no eran contra el campamento sino contra la prescripción facultativa, que había dado en tierra con la promesa que le habían hecho, según él decía, de mandarlo a Suiza. Con objeto de atraer sin duda la atención, levantó más su voz a medida que nuestro pequeño grupo, acompañado del Comandante del campamento y del intérprete, se le acercaba. Consintieronme que le hablase. Yo no soy médico, pero confieso que la presencia de este cautivo me impresionó, y no hay duda de que el cambio deseado por el paciente se imponía, porque parecía sufrir mucho de su aparato respiratorio.

También nos acompañó en nuestra visita un sargento inglés, un Saxton, magnífico tipo de aquel glorioso y viejo ejército inglés — y de los cuales hay tantos prisioneros en Alemania. Con entera libertad y suma franqueza me habló de su cautiverio, diciéndome que no tenía queja que formular, excepto por lo que se refería a la comida, que era escasa y de mala calidad.

## Los paquetes de los prisioneros

**C**ONFORME con las instrucciones recibidas, presté especial atención a la sección del campamento donde se encuentran los prisioneros ingleses, y vi con gran satisfacción que todos los pequeños envíos que reciben, llegan con gran regularidad y en perfecto estado, siempre que desde el punto de origen pongan el necesario cuidado en los embalajes, y con tal de que no contengan materias prohibidas, ni siquiera son abiertos por las autoridades.

No se crea que esto signifique generosidad alguna por parte de los alemanes. Lo hacen por la cuenta que les tiene. A lo menos así lo creo, porque si los teutones no se entrometen en este asunto es por temor a represalias, y además por la óptima razón de que mostrándose generosos se evitan los inconvenientes que podría acarrearles, si por cortapisas y vejaciones innecesarias no tuvieran más remedio que correr con



la manutención de estos cautivos. Es natural que los prisioneros indiquen a sus donantes de Inglaterra lo que más desean. Conviene que se conozca [que lo que más necesitan son grasas y sus derivados.

La sección inglesa del campamento nos recuerda, de vez en cuando, como si nos halláramos en Inglaterra. Fotografías de esposas, hijos y novias de los prisioneros cuelgan sobre las camas; partidas de foot-ball por todas partes — los ingleses y belgas juegan cada día después que su cotidiano trabajo de la roturación de terrenos, creación de nuevos alojamientos, construcción de caminos y demás faenas en las haciendas y en las huertas se ha terminado.

También se ha intentado la cría de animales y aves de corral, tales como gallinas, cerdos y lo que en América llamamos liebres belgas, una especie de conejo grande. Vi también algunos perros favoritos: un prisionero belga había enseñado a uno de ellos a hacer toda suerte de travesuras iguales a las que se ejecutan en los circos ecuestres y demás teatros de variedades.

Al parecer no faltan diversiones en el campamento. Visité también el cinematógrafo, habiéndonos preguntado el operador si deseábamos algo divertido. Pero todo lo que desfiló ante nuestra vista eran cintas muy antiguas, algo así como el desecho de los salones cinematográficos del Imperio. En el Gran Teatro, que tiene cabida para unos 700 a 1,000 espectadores, había un buen número acrobático, en el que se contaba el perro amaestrado ya referido y una orquesta de 25 instrumentos, todos ellos tocados por prisioneros, por supuesto. Entre dichos músicos había dos soldados alemanes de la *Landsturm*.

La custodia de la población del campamento corre a cargo de un número relativamente pequeño de hombres, ya muy maduros, pertenecientes al ejército territorial. El perímetro del establecimiento hállase rodeado de espesas alambradas con púas que hagan peligrosa la evasión.

Un refinamiento de crueldad, absolutamente innecesario a mi modo de ver, que tienen los alemanes con los franceses aquí prisioneros, es el tolerar que circule entre ellos un perío-



dico que se alimenta de los mayores infundios y embustes. Me refiero a la *Gazette des Ardennes*. Es un primor de frescura la tal publicación. Calculen mis lectores que sus columnas están llenas de toda suerte de falsedades tocante a los franceses y su ejército, con comentarios amañados de periódicos ingleses, especialmente del *Times*, calculado todo ello para entibiar y perturbar la armonía existente entre los prisioneros francoingleses. También los ingleses tienen su cruz en este calvario, representada por otra publicación llamada *Continental Times*, que es tan pésima como su colega galo, y que se reparte tres veces por semana. Mucho siento tener que manifestar que la redacción del *Continental Times* está compuesta de ingleses renegados que se encuentran en Berlín empleados por el Gobierno alemán; entre ellos descuella Aubrey Stanhope, quien, por razones de todos sabidas, no pudo volver a su patria al romperse las hostilidades, continuando en Alemania, donde por una miserable soldada dirige esta campaña contra su propio país. Tendré que volver a hablar del *Continental Times* en el curso de mis memorias.

También los rusos tienen su hoja volandera con la publicación *Russki Bisnik*. Ocioso nos parece manifestar que toda esta prensa afecta publicar los partes oficiales de Inglaterra, Francia y Rusia tocante a la guerra.

El efecto que estas noticias producían sobre los ingleses no pudo ser más desastroso por espacio de algún tiempo, pero poco a poco fueron convenciéndose que el tal *Continental Times* era una publicación francamente anglófoba, por los repetidos e insistentes ataques contra los acreditados campeones *Times* y *Daily Mail*. La osadía de este periódico llegó al extremo de fingirse americano, y por espacio de mucho tiempo apareció su primera página orlada de nuestra bandera, hasta que uno de nuestros Cónsules puso término a semejante ultraje. Ahora el periódico se ha vuelto tan americanófobo como anglófobo era, y haría tiempo habría dejado de existir si no fuera porque por parte del Departamento Inglés de la Oficina Extranjera de propaganda alemana se sufragan todos sus gastos.



Séame permitido observar aquí que se mantiene a toda costa el Departamento inglés de la Wilhelmstrasse. Sirva esto de aviso a los editores ingleses, sociedades formadas para la consecución de la paz y todas las demás instituciones, que tal vez con la mayor inocencia, no sólo en Inglaterra, sino en Escocia e Irlanda, así como en el país de Gales y Canadá, conviértense, sin darse cuenta de ello, en instrumento de los agentes y escritores germánicos. No me es posible dudar de que las activas y celosas autoridades superiores de la policía inglesa conocen mucho más de lo que pueda saber yo tocante a este Departamento inglés del Ministerio de Negocios extranjeros alemán. No sólo lo dirigen personas muy competentes, sino que, además, tiene dicho Centro por consejero al Barón von Kuhlman, de quien se sabe que lo visita cada vez que llega a Berlín; jáctase dicho prohombre, con su habitual arrogancia — en Holanda lo ha manifestado varias veces — de dirigir muy bien en la Gran Bretaña la propaganda de su causa. Las grandes cantidades invertidas en este asunto procedentes de particulares tanto de Alemania como de los Estados Unidos, son sencillamente un aditamento de la enorme suma de diez millones de libras esterlinas que se han gastado ya en periódicos y toda especie de soborno, según se ha manifestado recientemente en el propio Reichstag.

Volviendo al campamento de Soltau, diremos para terminar este capítulo, que la lectura favorita de los prisioneros ingleses consiste en novelas y en literatura tocante a la guerra, esta última completamente anticuada.

Constituye el mayor suceso de la ciudad cautiva la llegada del correo y la distribución de los paquetes. Debo hacer constar que es raro en los grandes campamentos el no recibir cada prisionero estos envíos pues abrigo la convicción de que a todos les llega por igual. En cambio no es extraño ver cómo los prisioneros, aislados o diseminados, moviéndose constantemente con el propósito de exhibirlos a las masas, se quedan infinidad de veces sin poder participar de la alegría que causa la recepción de los mismos. Sería conveniente que la organización y eficacia imprimida a este servicio se inten-



sificaran, aunque es justo que diga que mejora de día en día.

Además de estar Soltau completamente desabrigado y expuesto a la intemperie, hállase también aislado de los grandes centros y su aspecto es triste por demás. Algunos casos de fiebre tifoidea ocurrieron en sus comienzos, aunque se haya negado oficialmente. No digo que su situación climatológica sea mala para hombres dotados de una robusta constitución. El soplo helado de la Prusia septentrional es impelido por vientos huracanados sobre Soltau. Por esta razón el invierno allí es más largo y más frío que en Inglaterra.

Una vez en el tren, de regreso a Berlín, saqué la consecuencia que no sería muy difícil, por parte de los Gobiernos inglés y francés el obtener del alemán que todos, absolutamente todos los prisioneros fueran trasladados a establecimientos como el de Soltau. Para ello se requiere que la presión de Francia e Inglaterra se ejerza convenientemente.

\* \* \*

Desde que se ha hecho pública esta crónica, llueven peticiones sobre mi persona solicitándome la fotografía en la que aparece el soldado inglés vestido con uniforme ruso, juntamente con el autor de estas líneas.

Pero debo manifestar a mis amables lectores que, por razones especiales, no entra en mis cálculos el publicar dicho retrato, que desde ahora pongo a la disposición del Ministerio de Negocios extranjeros de Londres o de cualquiera otra autoridad que tenga relación con los cautivos, si es que desean obtenerlo.





CAPÍTULO VII

## Los prisioneros ingleses

### Trato que reciben



El presente informe tiene por objeto dar cuenta de la marcha de la obra de la Comisión de Prisiones, creada por el Poder Ejecutivo el 15 de Mayo de 1913, para estudiar y proponer reformas en el sistema penitenciario de la República. Desde su instalación, la Comisión ha trabajado arduamente para cumplir con su cometido, y ha presentado ya varios proyectos de ley y resoluciones que han sido aprobados por el Poder Ejecutivo.

Una vez que el Poder Ejecutivo ha aceptado la propuesta de la Comisión, el Poder Judicial, a su vez, ha aceptado la propuesta de la Comisión, y se ha acordado que se ponga en marcha el sistema de reformas penitenciarias que se propone.

## Los prisioneros ingleses

### Título que reciben

Los prisioneros ingleses que se encuentran en las cárceles de la República, reciben el título de "prisioneros de guerra". Este título les confiere ciertos derechos y privilegios, y les garantiza el respeto a su dignidad y a sus intereses. El Poder Ejecutivo ha acordado que se ponga en marcha el sistema de reformas penitenciarias que se propone, y se ha acordado que se ponga en marcha el sistema de reformas penitenciarias que se propone.





## CAPÍTULO VIII

### De cómo el lector se dará cuenta de algunas evasiones efectuadas por los ingleses.

*En este capítulo insiste Mr. Curtin, otra vez, en favor de los prisioneros británicos que retiene Alemania. Según el cronista, debería de sacarse, por parte de Inglaterra, todo el partido posible del hecho de tener ella mayor número de cautivos en su poder para obligar, en virtud de ello, a Alemania, a mejorar el trato que reciben los ingleses. También describe en esta misma crónica algunas notables evasiones efectuadas por estos últimos, de sus respectivos campos de concentración.*

**B**UENO será que se conozca en Inglaterra que sus 30,000 hijos prisioneros en Alemania hállanse a punto de pasar la tercera Navidad en tierra enemiga. Y sépase también que son precisamente dichos cautivos los que me obligan a recordarlo.

Desde que he llegado a Londres, declaro que me encuentro perplejo y asaz sorprendido al hojear cada mañana la prensa inglesa y observar la absoluta falta de interés y atención desplegados por los órganos de la opinión pública británica con relación a sus prisioneros.



Por algunas observaciones que he recogido, mucho me temo que mis deseos de rendir cumplida justicia a Alemania por la exacta descripción que he hecho del campamento de Soltau, lo mismo que mi convencimiento de que se obtenga mejor trato de los cautivos, debido al miedo de Alemania a represalias, hayan podido extraviar la opinión pública en Inglaterra de algunos «optimistas» en este importantísimo asunto.

Es verdad que Soltau y otros campos de concentración reúnen excelentes condiciones, pero hay otros muchos, muchísimos, que no las poseen. Sépase de una vez que el promedio de los prisioneros que nos ocupa hállase, por regla general, bajo la custodia de una guardia del ejército territorial como la descrita recientemente, y cuya autoridad suprema es el suboficial — *Unteroffizier* — cuya crueldad para con los soldados alemanes es de todos bien sabida: júzguese ahora del trato que recibirá el más odiado prisionero que tiene Alemania.

Todos los aspectos de menor cuantía que adopta la tiranía germana, tales como obligar a un hombre que llene un baño con una copa de vino, haciéndole subir y bajar dos tramos de escalera por espacio de varias horas, o que masque y frague sus propios calcetines, han sido descritas con vivos colores por los mismos escritores alemanes en obras prohibidas por la censura. Por mi parte puedo añadir que he sido testigo presencial de denigrantes escenas de esta clase cometidas por los teutones con sus mismos compatriotas de la Prusia oriental que huían a refugiarse tierra adentro, en el corazón del Imperio, ante la invasión de los cosacos.

### Los únicos argumentos que entienden los prusianos

**A** Dios rogando y con el mazo dando», dice un antiguo proverbio castellano. De conformidad con el mismo, creo que la publicidad y la artillería de grueso calibre es lo único que puede ejercer impresión sobre el ánimo del



prusiano. Con todos los respetos debidos a la opinión del Gobierno británico tocante al asunto, diré que me hallo plenamente convencido de que cuanto más se divulguen los malos tratos de que son víctimas los prisioneros ingleses mayores han de ser las probabilidades de que se obtenga un tratamiento más racional y humanitario de los mismos. Téngase en cuenta que debido a esta publicidad y al temor de afrontar la opinión de ciertos neutrales y aliados es a lo que se debe la fundación de campos de concentración como el recientemente descrito de Soltau.

Es muy difícil que llegue esto a comprenderse sobre todo por aquellos que se hallan bien confortables en sus espléndidos hogares sin que noten a faltar nada durante las crudezas del invierno y que además no han vivido ni respirado atmósfera de odio alguno ni siquiera por un pequeño espacio de tiempo. El mayor número de prisioneros ingleses fueron cogidos en la primera etapa de la guerra, cuando un ejército sin granadas y sin artillería tuvo que hacer frente a las magníficas ametralladoras y bombas explosivas de la mayor fuerza expansiva, sin oponerles más que sus pechos desnudos y sus rifles. ¡Cuántas amargas reconvenciones he recogido para los que mandaron a ese puñado de héroes anónimos a una carnicería tan terriblemente preparada!

En hatos, como si se tratara de un rebaño, muriendo en mitad del camino los heridos graves, dirigiéndose hacia Oriente para sufrir toda clase de insultos, arrojándoles el barro y las inmundicias de la calle a su paso por las ciudades alemanas. ¡Que hayan conservado tales hombres esa entereza y confianza en sus propias fuerzas en medio de una atmósfera tan ferozmente hostil, tan netamente anglófoba, tan desprovista de hidalguía, ternura y toda suerte de cualidades morales que alegran la existencia, resulta un verdadero monumento levantado al carácter de la raza! Con cuanta ansiedad esperan el momento de su libertad, lo comprenderá el lector del relato de una o dos historietas de evasión que me propongo desarrollar en esta crónica.

También podrá el lector darse perfecta cuenta con que cu-



riosidad observan la conducta que siguen con ellos tanto los individuos encargados de su custodia como toda la población civil sin distinción, y por la cual se puede medir a que grado alcanza la depresión germánica al mismo tiempo que el lento pero seguro aumento en la eficacia del tardo y entretenido bloqueo inglés.

Algo de lo que ocurre en los distintos teatros de la guerra llegó a su conocimiento cuando ingresaron en los campamentos de concentración algunos compatriotas hechos recientemente prisioneros por los alemanes, pero hay que confesar que gracias a la buena táctica seguida por el general en jefe de las fuerzas inglesas sir Douglas Haig el número de soldados británicos aprehendidos por los germanos es muy reducido si se le compara con los que cogieron estos últimos en los años 1914 y 1915.

Aunque resulte paradójico diré que una de las cosas de que más se alegran los prisioneros ingleses es de la escasez de alimentos porque representa este estado su mayor esperanza.

He visto y vivido durante mi permanencia en Alemania de 10 meses esta diaria y creciente carestía. He sido testigo de todas las equivocaciones cometidas por el Gobierno alemán en la materia tales como las prisas que se dió en poner en circulación los bonos de pan así como la inútil degollina general del ganado de cerda por miedo a una carencia absoluta de alimentos para este último. Como consecuencia de esta matanza, que tomó colosales proporciones, y habiéndose luego curado el jamón y tocino resultante por procedimientos primitivos y poco científicos sobrevino una descomposición general en Alemania del cerdo carneado, lo que dió lugar a que en Dresden y otros sitios tuvieran que quemarlo o arrojarlo al Elba para evitar un serio peligro contra la salud pública del Imperio. Estas noticias al ser divulgadas entre los cautivos ingleses no dejan de regocijarlos algún tanto.



## Algo sobre la fuerza encargada de la custodia de los campos de concentración.

**E**s inútil, perfectamente vano que toda la autocracia de que pueda disponer Prusia prohíba severamente a sus soldados que hablen de la guerra con los prisioneros a su custodia confluados, pues ¿quién es capaz de sellar la boca a un viejo campesino o a un maduro tendero, con sendos uniformes, hartos y aburridos de la guerra por añadidura? Uno de los prisioneros aludidos en este capítulo, y a quien yo conozco personalmente, acostumbra a partir el contenido del «paquete», que recibe de Inglaterra, con su mismo guardián, que tiene, además, una colección de famélicos en su casa, y como este podríamos citar muchos casos. En pago de sus bondades suele el viejo «Heiny» referir a su cautivo, algunas noticias a su vez.

Las evasiones de prisioneros se han efectuado en Alemania siempre y en todos momentos desde el principio de la guerra. No dejan estas de carecer de interés si se tiene en cuenta que pocos franceses, ingleses, escoceses, irlandeses, naturales del país de Gales, canadienses, australianos o neozelandeses hablan el alemán; a pesar, pues, de todos los obstáculos, se han efectuado aquéllas aun en los confines más apartados de la Prusia Oriental o en los mismos linderos de Rusia.

Abrase un mapa, mídase la distancia y comprenderáse lo que representan estas escapatorias. Tal vez sea esto último algo difícil para los ingleses cuyo ambiente insular puede «empequeñecer su visual», valga la palabra, si se compara la extensión de las islas Británicas con la magnitud de las grandes naciones de Europa.

Pero dejemos estos comentarios y digamos algo de mi viaje de regreso a Inglaterra. Embarquéme en Holanda en uno de esos pequeños vapores de condiciones muy marineras que cruzan constantemente el mar del Norte despreciando olímpicamente el riesgo de minas flotantes, submarinos y destroyers



alemanes. Cuando la gente pregunta: «¿Pero qué hacen las escuadras inglesas?», podría contestarles que a bordo de dicho barco iba un número respetable de pasajeros, (incluyendo a Mr. Thomas Curtin, autor de estas crónicas y humilde servidor de ustedes), poseídos todos del mayor entusiasmo y admiración por la incansable actividad de los marinos británicos en su guarda de la vida de los viajeros, a bordo de los buques que cruzan constantemente el mar del Norte.

Cómo y cuándo me hallé en Holanda, no quiero confesarlo. Allí me reuní con un grupo de siete fugitivos ingleses, y una vez instalados confortablemente, todo lo mejor que pudimos, en el reducido salón del pequeño vapor referido, y que llamaremos X, delante de sendos trozos de pan blanco con muchísima mantequilla y otras cosas apetitosas y succulentas, desde lo íntimo de nuestras almas elevamos nuestras preces de agradecimiento al Altísimo por encontrarnos «casi» en terreno inglés, del cual sólo nos separaba un poco de mar con alguna mina a la deriva o un submarino en acecho. Digno cronista de lo que allí se habló, hubiera sido el incomparable Rudyard Kipling que, desgraciadamente, no era de los nuestros. Cada cual tenía su historieta que contar. Hasta nos refirió la suya una venerable camarera, antaño la esposa de un bravo capitán de un transporte, que había sido herido en los Dardanelos, falleciendo poco después, y que ahora, para mantener a seis de sus hijos, se veía obligada a adoptar esta vida de perpetuas y terribles aventuras. Parecía que no íbamos a alcanzar nunca la costa, y es que estos buques, para no tener que seguir una misma ruta, hacen el correspondiente rodeo, tratando de evitar de este modo un encuentro desagradable.

Pero lo más chocante es el grado de intimidad que pronto se entabló entre estos siete ex prisioneros, todos con muchas cosas que contar y todos también con la misma esperanza de pisar pronto el bendito suelo de la patria. Trataré de describir lo que oí.

Primero de todo le tocó hablar a uno que se había escapado a pie desde el confín más lejos del Imperio alemán.



110 Cuando los prsbitos (lo supongo porque gastan lentes) empleados del Ministerio de Negocios extranjeros de Berlín vayan a hacer un análisis de mis narraciones, puedo asegurarles de antemano que es tiempo perdido, porque me guardaré muy bien de identificar la personalidad de mi héroe ni la del campo de su procedencia. Verificóse la hazaña cuando se hallaba trabajando en uno de los dedicados a las faenas agrícolas. Nada más que un tremendo impulso por la libertad tanto tiempo anhelada, pudo haber inducido a mi hombre a recorrer a pie el inconmensurable camino a través de Germania, tocando a cada momento en ciudades muy bien vigiladas, tanto por lo que se refiere a pueblos como grandes urbes, en un país en donde cada quisque ha de ir provisto de su correspondiente carnet de identidad — del cual carecía, por supuesto, — sin un amigo ni un cómplice en ninguna parte de la arriesgada jornada, con sólo un mapa arrancado de cualquier libro oficial y sin más guía que el sol, la luna y las estrellas, lo mismo que los postes anunciadores enclavados en la ruta. Pero, dejemos al prisionero que prosiga por sí mismo su relato, transcribiendo sus propias manifestaciones.

### Atraviesa, de noche, un río a nado

**P**RONTO me di cuenta que si quería conservar íntegras mis  
» facultades mentales, debía de procurar evadirme a todo  
» trance. Mi cerebro no podía resistir aquella situación  
» sin experimentar grave quebranto. Sabía que tropezaría en  
» mi empresa con innumerables obstáculos, pero no creí hu-  
» bieran sido tantos, que si llego a saberlo de antemano, tal  
» vez hubiera renunciado a la fuga. Como prueba de mi aser-  
» to diré que al tercer día de mi odisea, y con objeto de evitar  
» el pasar por un importante centro militar, no me quedaba  
» otro recurso que permanecer donde me hallaba — lo que  
» implicaba el ser descubierto — o atravesar un río a nado.  
» Opté por esto último, lo que tuve que efectuar de noche, y al  
» abordar la orilla medio ahogado, echar a andar más que de



» prisa para evitar un enfriamiento y una posible congestión  
» pulmonar. Me alimentaba con granos de trigo y centeno,  
» zarzamoras, arándanos, manzanas, zanahorias, nabos y, a  
» veces, hasta patatas crudas. No comí caliente ni bebí nada  
» más que agua hasta que llegué a Holanda. Parecía un fraile  
» de la Trapa, pues procuré no hablar ni una sola palabra du-  
» rante todo mi camino a través de Germania. En dos ocasio-  
» nes llegué a andar más de 30 millas durante las veinticuatro  
» horas. Dormía al campo raso, lejos de las carreteras y ca-  
» minos, y durante el día, si descansaba, lo hacía a gran dis-  
» tancia de cualquier casa habitada. Como puede usted ver,  
» soy un caso de autofagia, pues he vivido sobre mi propia  
» grasa; así estoy de flaco y delgado, con sólo la piel y los  
» huesos, y durante estos dos o tres días que he pasado en  
» Holanda aguardando para embarcarme, he tenido que andar  
» con mucho cuidado con las tentaciones de la gula, para evi-  
» tar un mal mayor que pudiera sobrevenirme.»

¡De qué manera pueden estos fugitivos llegar a Holanda! Aquí está el misterio. Pero este secreto, una vez divulgado entre los interesados, va y viene sigilosamente de campamento en campamento, animando a los reacios. A menos que los alemanes mantuvieran un regular ejército en la frontera holandesa, no creo que lleguen jamás a impedir a estos bravos y valientes que lo arriesguen todo por la libertad. Y de todos es sabido que Germania necesita sus soldados para otros asuntos más serios que el acordonamiento de una frontera. ¡Imagínese el lector la alegría desbordante de nuestro héroe después de tantas semanas de temor y sobresalto, cuando, al atardecer de un día llega a la vista de Holanda, la tierra de promisión, y su dicha y descanso absoluto cuando traspasa el umbral del Consulado de su nación!

« No me extrañaría, cuando llegue a mi casa, encontrar, a  
» mi buena mujer arreglando el paquete para mandarme a Ale-  
» mania », añadió, « pero no puedo detenerme mucho en el  
» *dolce far niente*, porque el deber me llama otra vez a ocu-  
» par mi puesto en la línea de batalla.»



## Castigos que se imponen cuando la evasión se descubre

**O**CURRIÓ un día que un Tommy (\*) logró escapar, después de una infructuosa tentativa. En su primer intento había sido sorprendido después de haber andado solamente unas veinticuatro horas. Devuelto al campamento de donde procedía, se le encerró en una celda oscura, dándole de comer tan sólo, una vez al día, pan y agua, cuyo régimen duró largo tiempo. Ocioso será decir la debilidad y extenuación que se enseñoreó del pobre Tommy. Sin embargo, no se amedrentó en lo más mínimo. Sin duda pensarían los alemanes que a un hombre sometido a un tratamiento tan enervante le quedarían pocas ganas de fugarse otra vez. No fué así porque tan pronto como hubo sacado fuerzas de flaqueza tomó de nuevo solita pero esta vez en dirección diferente.

Antes de llegar a nuestro destino nuestro buque cabeceó largo rato por el mar del Norte, y es natural que tuviéramos momentos de verdadera angustia. Una vez, en las lejanías del horizonte vimos aparecer la silueta de varios destroyers navegando en línea de combate levantando negras columnas de humo a medida que avanzaban hacia nosotros. Para aquellos infelices compañeros míos de viaje que habían hecho frente con ánimo sereno a tantas penalidades para conseguir su libertad la cosa iba resultando demasiado seria, por el peligro de volver a perderla, casi a la vista de las costas de su bendita y suspirada Patria. Pronto el capitán del vapor pudo tranquilizarnos. Acercáronse los destroyers que dicho sea de paso maniobraron espléndidamente parando en seco y virando, desapareciendo luego de nuestra vista en casi menos tiempo del que emplea uno para contarlos como dirían los novelistas. Inútil añadir que se trataba de destroyers ingleses.

Quedaba el último peligro a salvar o sea el de las minas

(\*) Soldado inglés. — (N. del T.)



flotantes que sin duda alguna habíamos de encontrar a pocas millas de la costa, pero, al fin, me sentí transportado de alegría al contemplar a mis seis compañeros fugados, cuando rebosantes de júbilo, hollaban con su planta el sólido suelo de Inglaterra.

El público que sólo mira al horrendo aspecto de esta gran guerra olvida a menudo que ocurren diariamente sucesos que pueden inspirar páginas novelescas, dignas compañeras de las que pudo escribir el inmortal Victor Hugo y, de cuyos hechos, tal vez no se entere.

Con esto me parece haber dicho lo bastante con relación a los prisioneros ingleses. He señalado cuales son sus verdaderos sentimientos y aspiraciones. Decir que aparecen a nuestra vista como si se hallaran en la normalidad de su vida, sería faltar a la verdad. Tanto los oficiales, como clases y soldados, no pueden resistir por más tiempo, tan larga privación de libertad acompañada de la más horrible monotonía juntamente con toda suerte de vejaciones y penalidades. Muchos de ellos para «matar el tiempo» aprenden alemán, francés y ruso, consagrándose también la mayor parte de los jefes y oficiales a algún estudio especial.

Debido al desagradable ambiente que les rodea es muy triste el contemplarlos como envejecen prematuramente, mientras que los oficiales y soldados alemanes prisioneros de los ingleses, comen y beben espléndidamente estando además muy bien cuidados según me han informado en la misma Alemania.

### ¡Abajo con la lisonja!

**M**E hallo plenamente convencido de que constituye una tremenda equivocación el tratar espléndidamente a los prisioneros alemanes en Inglaterra, mientras que Germania hace todo lo contrario con los que ella guarda. El número de prisioneros alemanes es hoy *mayor* que el de los ingleses. Es necesario insistir para que en el campamento civil de Ruhleben, lo mismo que en todos los demás de Alemania, se dé a los



británicos, a lo menos, un tratamiento igual al dado por Inglaterra a sus cautivos. No se conseguirá, empero, pasando la mano por encima del lomo del tigre tedesco haciéndolo roncar de placer como a los gatos cuando están contentos.

.....  
Aunque directamente no tenga ninguna relación con la cuestión de los prisioneros — algo tiene que ver sin embargo — voy a referir los comentarios que tal vez sin intención alguna y sólo por mera casualidad me refirió un prestigioso alemán, de la Wilhemstrasse, tocante a la conducta que ha seguido Inglaterra con respecto a Alemania.

« Cuando la guerra estalló, díjome, el sentimiento era unánime. Por fin se había presentado la ocasión de medir sus fuerzas el mastodonte alemán y la ballena británica. Esta y no otra fué la causa de la santa indignación de que se hallaban poseídos en 4 de agosto de 1914 los buenos patriotas teutones. A medida que el tiempo avanzaba nos sorprendió extraordinariamente la suavidad y blandura del bloqueo inglés, que nos permitió introducir en Alemania, todo lo que necesitábamos. (Aquí me enumeró una veintena de productos de los cuales habían entrado grandes cantidades de algodón, cobre, materias lubricantes y lana). Abrigo el convencimiento de que dichas existencias, nos durarán por otro período de tiempo a lo menos igual al transcurrido ya. ¡Cuán diferente hubiera sido nuestra posición ahora, si el bloqueo inglés hubiese sido realmente efectivo, como nosotros pensábamos, ya que teníamos motivos para creerlo así! Gracias a estos errores que señalo podemos resistir y resistiremos aún largo tiempo.»

El curso imprimido al bloqueo, el trato que se da a los prisioneros, la política que se sigue referente al deseo de dominar al comercio enemigo (y sobre esto último, conste que tengo mucho que decir) y la actitud algo pasiva adoptada ante la *reprise* de los ataques zeppelinescos, todo ello constituyen verdaderos enigmas para los *gobernantes alemanes*. Y cons-



te que ellos se lo explican por «el deseo que anima a Inglaterra de captarse la benevolencia teutónica al mismo tiempo que el temor que siente aquella ante la desesperada lucha que va a entablarse para el dominio absoluto del comercio mundial.»

Y para terminar con este capítulo, diré que en general, todo alemán sostiene puntos de vista similares con los que acabo de exponer respecto a la *paura* que pueda sentir América ante los ejércitos y armadas del Kaiser. ¡Cómo que ya se encargan de decirme que podemos ir preparándonos porque la próxima ha de ser en honor del Tío Sam!





De que manera transcurrirá  
en Alemania  
el próximo invierno de 1917



La verdad sobre la cuestión de la carne  
y otros alimentos









## CAPÍTULO IX

---

### Odio que se siente contra las clases elevadas

**E**N este último capítulo de la primera serie se consagra de nuevo especial atención a la importante cuestión de las subsistencias en Alemania. Podrá el lector darse perfecta cuenta de la efectividad del bloqueo y de la necesidad de que sea aún reforzado por parte de los aliados. Empieza ya a plantearse el problema del racionamiento a la población germánica, pero parece ser que las clases elevadas haciendo ver los defectos que entraña este sistema opónense resueltamente a entrar en participación de esta clase de privaciones.

No hay más que un medio para descubrir la verdad acerca de la miseria que se siente en Alemania, y este no es otro que cruzarla en toda su extensión y en todas direcciones, siendo preferible que se haga esto a pie.

Téngase en cuenta que ningún escritor neutral puede decir la verdad en Alemania. Hay que tomar notas sobre la «exacta situación» y llevarlas en la memoria al disponerse a pasar la frontera, puesto que la inquisición teutónica tan sólo se detiene ante la epidermis del viajero. Si acontece que este último vaya provisto de bastón o paraguas, han ocurrido con frecuencia



casos de someter estos adminículos a un serio proceso de disección haciéndolos añicos en busca de pecaminosas informaciones. Sepáranse también los tacones de los zapatos en busca de la «verdad que emigra»... No diré que esto ocurra en *cada* caso, pero sí que tiene lugar en *muchas* ocasiones. Por regla general, al viajero que entra hoy en Alemania, (téngase en cuenta que hay todavía una infinidad de ellos yendo y viniendo de los Estados Unidos, Suecia, Holanda, Dinamarca, Noruega y España), se le «ficha» desde el instante que llega hasta que sale.

Las artificiosas apariencias en los hoteles y demás sitios de hospedaje, lo mismo que en los trenes, descritas anteriormente, han sido ya suprimidas. Me encontré ayer en Londres (16 de noviembre de 1916) con un amigo neutral como yo con quien había trabado conocimiento en Berlín, que me manifestó que durante esta última quincena la escasez de víveres había tomado un cariz amenazador. Muchos de mis lectores conocerán el primer hotel de Berlín, el Hotel Adlon, que es como el Hotel Ritz o el Claridge de Londres. Pues bien, el amigo a quien me refiero, pernoctó el último día de su estancia en Alemania en aquel magnífico y suntuoso alojamiento. Esto ocurría del 12 al 13 de noviembre referido. A la mañana siguiente al desayunarse se le sirvió una imitación de café con leche condensada y sacarina, pan duro de guerra, y queso suizo de la clase llamada Gruyère. También se le advirtió que si quería sardinas o salmón ahumado podrían ir a buscárselo.

### Apretando las clavijas

**L**EJOS está de mi ánimo el exagerar la nota al describir la verdadera situación de Alemania, mucho más si se tiene en cuenta que la mayor parte de los periódicos ingleses han pecado de dicho defecto y siguen incurriendo en el mismo hace muy cerca de dos años. Por otro lado, si levanto la cortina que cubre la exacta posición de Alemania, en estos momentos, tal vez mi modesto trabajo pueda ser de alguna utilidad a los aliados y a sus respectivos Gobiernos para com-



prender lo que puede significar el *llevar el bloqueo a su más alto grado de presión.*

Sostengo y afirmo que a pesar de la gran vigilancia de los buques ingleses y demás aliados, búrtese el bloqueo con la mayor frecuencia. Una persona neutral, aliadófila por más señas que reside en una ciudad marítima de Alemania, llevóme a dar un paseo (durante mi estancia en aquel puerto) para enseñarme los muelles abarrotados de barriles de grasas y aceites.

«Casi me dan ganas de llorar» me dijo, «al saber que  
» cada uno de estos envases alarga un día más la guerra y  
» sirve además para segar la existencia de tantos valientes soldados y oficiales. Aparte del quebrantamiento del bloqueo,  
» hay además el contrabando ejercido en gran escala muy difícil también de evitar.»

De una entrevista, por cierto muy interesante, que he tenido desde mi regreso a Inglaterra con una persona que ejerce un elevado cargo en el gobierno británico he sacado la consecuencia que la cuestión de las existencias de cacao y chocolate en Germania hállase poco menos que ignorada en la Gran Bretaña. Téngase en cuenta que el chocolate es hoy en día, un artículo de primera necesidad en Alemania. Obsérvese además que la costumbre de beber té data de una época relativamente reciente, casi de ayer, por lo que, no es este producto el que encuentran a faltar. Tanto ellos como los austríacos han sido grandes consumidores de café, pero por lo que se refiere a este último, tanto si se produce actualmente de la bellota o cereales torrefactos, como si se obtiene sólo de la achicoria es tan desagradable al paladar, que al estómago más fuerte prodúcele náuseas al cabo de poco tiempo. Para evitar este grave inconveniente es por lo que los germanos toman chocolate. Encuéntrase además en esta sustancia una cierta cantidad de manteca, lo que puede observarse con la sencilla operación de hacer enfriar el contenido de una jícara de este producto después de hervido, para descubrir en su superficie una capa oleaginosa. En esto estriba el secreto del porqué, hoy en día, son tan apreciados en Alemania, el cacao y sus derivados.



Cuando manifesté hace poco que cada pastilla de chocolate que entra en el Imperio germánico es una nueva demora para la terminación de la guerra, lo dije con el mayor convencimiento, por haberlo experimentado a mi costa.

## Las noticias sobre la precaria situación de Alemania

van poco a poco saliendo a la superficie

**Y**A no es posible ocultar tal estado de cosas por más tiempo. Sin embargo, inténtase ello haciendo esfuerzos casi desesperados para dorar la píldora a los personajes neutrales de alta categoría que por obligación tienen que recorrer Alemania, contribuyendo de este modo a estraviar la opinión pública del mundo exterior. Mis desgraciados compatriotas y otros corresponsales neutrales que se hallan internados en Berlín durante todo el tiempo que la guerra dure, encuéntranse poco menos que amordazados pues no pueden enviar más correspondencias que las que la previa censura tolera. Ya que no se les puede alimentar espléndidamente, al menos se les distribuyen folletos de propaganda en favor de Alemania siendo la oficina del *Nachrichtendienst* (\*) la que se encarga de ello.

Uno de los libros que circulaban con más profusión entre los neutrales cuando me hallaba en Berlín era un tratado sobre la «Situación económica e Industrial de Alemania» escrito por el Profesor Cassell de la Universidad de Uusala, Suecia.

Dicho catedrático fué invitado por el Gobierno alemán para que pasara tres semanas en Alemania con objeto de hacer un estudio de la situación del país. En el prólogo de su obra hace notar, tal vez con demasiada naturalidad, que pudo cumplir acertadamente y con presteza el desempeño de su co-

---

(\*) Centro de información pública dependiente del Ministerio de Negocios Extranjeros. (N. del T.)



metido debido a la gran labor, digna de todo encomio, que para él tenían ya preparada de antemano los teutones, pues no hubiera sido posible el término fatal de veintiún días para salir airoso de su tarea, debido a lo complicado del asunto, sin el auxilio mencionado. Conviene hacer constar que todo el estilo que campea en la obra lleva el marchamo oficial: informaciones comunicadas por las autoridades sacadas de estadísticas de carácter público, y en cuanto a las impresiones personales se ve también que el autor de la obra en los distintos viajes que ha realizado a través de Alemania debe de haber formado parte solamente de expediciones llevadas a cabo bajo «los auspicios» del Gobierno Imperial. Gracias a esta literatura «oficial» pueden los corresponsales neutrales cumplir *con su misión* — inútil creo añadir que con estos libros el papel se gasta por toneladas — pues constituyen la base principal de la información que los referidos representantes mandan a sus periódicos respectivos. También a su debido tiempo nos proporcionaron un volumen semejante sobre la «Gran victoria naval alemana de Jutlandia».

En cuanto a mi, procuraba de vez en cuando y siempre con el objeto de no despertar sospechas, que hubieran podido derivarse de mi larga estancia en Germania, aceptar y leer todos estos libros de propaganda oficial al mismo tiempo que de vez en cuando sometía al lápiz rojo de la censura unas cuantas de mis crónicas anodinas destinadas para uno o dos diarios de los Estados Unidos. Gran parte de mi trabajo de investigación lo he realizado viajando a pié. Uno de mis programas era salir de Berlín en tren a las primeras horas de la mañana para alguna ciudad distante, apearme, andar alrededor de aquí para allá, *husmeando* continuamente y regresar luego por la noche a la capital. Esto me ahorraba la molestia de tener que sacar constantemente mi carnet de identidad que hay obligación de exhibir continuamente en trenes, estaciones y demás lugares frecuentados. Otras veces me entretenía días enteros haciendo excursiones especiales, de manera, que toda la información que he conseguido no la he «bebido» sólo en Berlín y su distrito, sino que procede de «casi» todo el Imperio sin distinción.



## Reservas alimenticias

**L**A primera y principal cuestión que se refiere al público bienestar de la nación alemana, (dicho sea con perdón de los vegetarianos), es el importantísimo problema de la carne. Ante éste palidecen todos los demás, porque téngase en cuenta que incluídos en él hállanse los interesantísimos aspectos que para la vida tienen la leche, las pieles y otros productos, aparte de la misma carne.

Parece, por lo que se oye aquí, que una de las primeras razones que se han tenido en cuenta para acabar cuanto antes con Rumanía es la imprescindible y perentoria necesidad de carne y aceite. Un empleado de estadística alemán me manifestó que creía que la conquista de Rumanía podría proporcionar víveres para que Alemania pudiera aún «ir tirando» unos nueve o diez meses más, lo cual era importantísimo porque abrigaba la convicción de que durante este lapso de tiempo alguno de los aliados habría ya sucumbido. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Rumanía contiene cereales en abundancia. Según dicen los germanos, una gran parte de dichos granos ha sido comprada al contado por Inglaterra.

El número de cabezas de ganado de todas clases no parece que esté tan agotado en Alemania en la actualidad como podría uno creer. Después de una minuciosa y concienzuda investigación hecha sobre la materia puedo afirmar que existen hoy en el Imperio, de unos tres a cuatro quintos de la total riqueza pecuaria que en general acostumbraba a haber antes de la conflagración actual.

Durante la primavera y verano de este año los semovientes medraron bien, pero habiendo transcurrido ya la época de los pastos, preséntanse nuevas dificultades, pues el ganado tiene que nutrirse y a menos que de Rumanía les haya entrado el suficiente grano que dé pan para la nación y alimento para las bestias, no ofrece duda alguna que pronto habrá que sonar a degüello general de reses, lo que traerá consigo la consiguiente reducción en la leche, el queso y la manteca.



Insistir en estos detalles podrá parecer a algunos de mis lectores algo monótono, pero no lo es si se atiende a que se refieren directamente a la duración de la guerra.

Para sobrecargar todavía el estado actual de penuria añadiré que poco antes de mi partida sacrificábanse en gran escala innumerables reses destinadas al aprovisionamiento de los ejércitos que operan en Francia, Bélgica y Rusia, por lo que no es aventurado afirmar que las perspectivas que se presentan para el próximo invierno en Alemania no son nada alhagüeñas, con tal de que el bloqueo sea una verdad y vaya aumentando en eficacia sin cesar.

No es sólo el ganado la única fuente de alimentación sólida en Alemania. Existe también la caza. La carne de venado es mucho más corriente en Alemania que en Inglaterra, especialmente ahora que abunda por todas partes. Las liebres, conejos y perdices son más numerosos también en ciertos sitios del suelo germánico que en la misma Gran Bretaña. Un amigo mío que acaba de regresar de Hungría y que asistió a una cacería, me cuenta, que en tres días que duró ésta se cobraron más de 800 perdices. Además el número de cazadores furtivos ha aumentado en toda Alemania, debido a las circunstancias, de un modo extraordinario.

## El ganado de cerda

**E**L alimento más popular de Alemania antes de la guerra lo formaban la carne de cerdo y sus derivados jamón y tocino, pero debido a la tremenda equivocación cometida por el Gobierno Imperial ordenando la matanza general — a la cual ya me he referido en otro capítulo — de este ganado en un momento que podríamos llamar de verdadero pánico, todos los alemanes, en general, pasan actualmente verdaderas privaciones tocante a su alimento favorito. Tengo la convicción de que el número de cabezas de ganado porcino existente hoy día en el país no alcanza más que a una cuarta parte de la riqueza total que había antes de la guerra.



Las siguientes estadísticas no dejan de ofrecer gran interés en la actualidad. Antes de agosto de 1914 sacrificábanse semanalmente en Berlín 25.000 cabezas de ganado de cerda. Durante los diez primeros meses que subsiguieron al rompimiento de hostilidades dicho número se elevó a 50.000 por semana solamente en aquella ciudad. En todo el mes de septiembre que acaba de transcurrir, en una semana que se ha cogido al azar, el número de cerdos sacrificados fué tan sólo de 350!!

El degüello general de esta clase de ganado que tuvo lugar momentos después de haber sobrevenido la catástrofe europea infundió un falso optimismo no sólo a los germanos si no también a los neutrales que recorrían el Imperio. Cualquiera de mis lectores que quiera comprobar estos datos no tiene más que referirse a la prensa periódica de aquellos días, en la que podrá darse cuenta de los himnos laudatorios que se entonaban a la superabundancia de este alimento, por aquellos mismos viajeros.

Actualmente hácese toda suerte de esfuerzos para acrecentar esta clase de riqueza pecuaria. La censura no deja traslucir dato alguno, referente a este asunto, en los periódicos alemanes — en efecto, resulta mucho más importante lo que se callan que lo que están autorizados para divulgar — por lo que, se aprenden mucho más los misterios que entraña la cuestión de las subsistencias en los distritos rurales de Germania que si hay que guiarse por lo que publican aquellos.

Cuando llegue a hablar de las estridencias del clero alemán al aventar el fuego de las pasiones, principalmente el odio contra sus enemigos, con objeto de mantener el «sagrado patriotismo» que juzgan necesario para la feliz terminación de la guerra tendré que decir que las principales diatribas lanzadas desde el púlpito se refieren al problema de las subsistencias lo cual constituye un indicio seguro de la verdad de cuanto vengo afirmando. Esta actuación por parte de los ministros del altar, sin distinción de credo o religión, no deja de ser chocante tanto por lo insólito de la misma como por la importancia que reviste.

En una de las innumerables aldeas que visité llegué a con-



tar más de 30 avisos referentes a este tópico. Por curiosidad voy a transcribir uno que copié y que dice así:

« CERDOS CEBADOS »

« La grasa es el principal alimento de nuestros valientes  
« soldados y sufridos trabajadores. El que deja de engordar  
« un cerdo pudiendo hacerlo es un traidor a la Patria.

« ¡Ninguna pocilga vacía! ¡Qué se llenen las que no lo están! »

Otros de estos anuncios se refieren a la «caza del oro» y de los cuales me ocuparé más tarde.

## Existe hoy día en Alemania

### una clase que es odiada por el pueblo

No dejo de comprender que estos avisos puedan ser necesarios, pero también no dejo de explicarme que muchos de ellos han contribuido a fomentar el odio contra cierta clase de la sociedad alemana.

Dichos anuncios dirígense principalmente a los pequeños agricultores con objeto de que repongan las existencias de sus ganados que se vieron obligados a sacrificar a consecuencia de las dificultades que experimentan para proporcionarse comida para los mismos. En cambio los clásicos *junkers* (\*) y los grandes terratenientes y poseedores de latifundios de Prusia, tienen por regla general más vacas, más ganado de cerda, y más aves de corral que antes de la guerra.

Por el testimonio fehaciente de un amigo mío que no há mucho visitó a varios conocidos aristócratas germanos, he venido en conocimiento de que con la única excepción del pan adulterado con harina de patata, no hay otro cambio apreciable en el régimen alimenticio que se observa en la mesa de aquellos próceres. «Es cierto», me manifestó, «que no tomamos cerveza, pero en cambio bebimos toda clase de vinos y comimos en abundancia, carne de todas procedencias, aves, hue-

---

(\*) Hidalgos alemanes. (N. del T.)



vos y suficiente mantequilla». «Es verdad también», añadió, «que todo lo servido fué bien aprovechado, pero esto no es raro, porque es difícil encontrar una casa alemana que no vaya presidida del mayor orden y economía».

Estos contrastes importantes, que traen consigo, como es natural, la mayor disparidad en la vida que llevan las distintas clases sociales de Alemania, podrían conducir a más graves alteraciones del orden público, que los humildes conatos de sedición popular, de los cuales he sido testigo presencial, si reinara más individualismo en el carácter alemán.

Por lo que llevamos expuesto podrá comprender el lector que la cuestión de las subsistencias es el mayor tópicó del día entre las clases sociales de Alemania con excepción de los plutócratas, y que el invierno que vamos a empezar traerá un recrudecimiento importante de la agudeza del problema. Sabido es que la mujer es la que acostumbra por regla general a abastecer su casa «yendo de compras», pues bien, refiriéndonos a la alemana de la clase media, cuya criada se le ha ido para fabricar municiones, no es raro el verla, al menos la mitad del día, en la calle formando cola en las tiendas en espera de que le llegue su turno para adquirir las patatas, la manteca o la carne que le hace falta.

Existe una creencia muy arraigada en Inglaterra y los Estados Unidos sobre la perfección de la organización alemana. Como testigo de mayor excepción diré aún más, que es maravillosa sencillamente — siempre que no sobrevengan dificultades imprevistas. Cuando los alemanes empezaron por poner a sus súbditos a ración en cierta clase de subsistencias el mundo exterior exclamaba a coro: «¡Ah, ya empiezan a sentir hambre!» o bien: «Qué magníficos organizadores son los alemanes!»



## El aprovisionamiento se lleva a cabo con el mayor desbarajuste

**E**N efecto, ni empezaban a desfallecer de hambre, ni tampoco eran organizadores admirables. Efectuábase el racionamiento de la peor manera posible, pues en ciertos sitios había extrema abundancia de todo y en otros la más deprimente escasez. Diría, que se había calculado para enriquecerse prontamente cierta clase de gentes con detrimento de las clases desheredadas que veían agravarse su situación. La extraordinaria codicia y falta de verdadero patriotismo por parte de partidos políticos muy influyentes tanto en Alemania como en Austria Hungría, han empeorado como es natural tal situación. Para colmo de males añadiríamos que el vasto y complicado problema de distribuir las subsistencias por medio de bonos estaba calculado solamente como si una victoria aplastante y rápida hubiera de producirse en todos los teatros de la guerra. Esta «funesta teoría» condujo a un consumo desordenado y a una gran alza en los precios. Esta lucha sorda y despiadada, que va teniendo lugar entre las clases populares y los grandes agricultores y demás potentados, ha sido ya expuesta a la consideración pública por el famoso «dictador de las subsistencias» Herr Batocki (pronúnciese Batotski) quien con palabras de verdadera desesperación denunciaba el estrechado afán de lucro del terrateniente alemán que, de moderar su desmedida sed de riquezas podría con su conducta aliviar la suerte de millones de seres que sufren atrozmente en los grandes centros manufactureros, pues ahora venden sus mercancías a un precio exorbitantemente mayor que el fijado por las autoridades.

Las mayores energías y mejores iniciativas lo mismo que los más preclaros talentos del pueblo alemán son puestos a contribución para hacer frente al fantasma de la miseria que empieza a asomar su descarnado rostro. Por mi parte y con



objeto de ilustrar la materia no puedo menos de citar a continuación las siguientes palabras pronunciadas por el Doctor Sudekum en una interview que tuve con dicho señor miembro del partido socialista democrático y diputado de Nuremberg, reino de Baviera, en el Reichstag. Trátase de un patriota sincero y uno de los más preeminentes en materia de organización de subsistencias. No puede considerarse como quebrantamiento de secreto alguno, ni falta tampoco a la confianza en mi depositada, si hago uso en este lugar del nombre de este personaje alemán porque el acta de la conferencia que celebré con él hállase archivada en la Wilhelmstrasse para su publicación en los diarios norteamericanos, cuyo texto me consintieron extraer de Alemania cuando marché. Inútil creo añadir que el *compte-rendu* en cuestión ha sido autorizado previamente por la censura alemana.

« Hace más de un año » me manifestó « que elaboré un bien » meditado plan de distribución de subsistencias por medio de » bonos uniformes a través de toda Alemania. Por ejemplo, » todo súbdito del Imperio tanto si vive en una aldea de Ba- » viera como en una ciudad de Prusia recibiría, verbigracia, » media libra de carne por semana. Presenté mi proyecto al » Gobierno el cual lo aprobó. Pero a pesar de ello no consi- » deró prudente el ponerlo en ejecución debido a tres razones. » Primero, porque creyeron que se iba a alarmar a la nación » indebidamente. Segundo, porque nuestros enemigos podrían » explotar esta situación en nuestro perjuicio al enterarse de » ello. *Y tercero, porque los que están al frente de nuestros » destinos estaban convencidos de que la guerra se acabaría » antes de finalizar el año 1915.*

« Pero la guerra sigue arrastrándose languidamente, y a » todo esto nos hemos convertido en despilfarradores de nues- » tras reservas alimenticias — exceptuando el pan por el cual » introducimos ya el sistema de bonos en febrero de 1915 — y » en vez de economizar y regular en *toda Alemania* el consu- » mo y distribución de la carne, las secciones locales a este » efecto destinadas, disponen a su antojo por sí y ante sí, dan- » do lugar con ello a las más lamentables confusiones.



## Vehículos que distribuyen la comida

« EL hambre según registra la Historia ha sido causa de tre-  
» mendas revoluciones» continuó diciendo filosóficamen-  
» te el doctor Südekum. «Deberíamos de aprovecharnos  
» de estas lecciones de la experiencia, y hacer todo lo posible  
» para aliviar la situación de tantos infelices. Por lo que a mi  
» se refiere he trabajado como el que más en el establecimien-  
» to de las «Cocinas Populares» de Berlín. Empezamos con  
» ellas a principios de 1916 inaugurando algunas cocinas cen-  
» trales de esta clase en las que preparamos una carne muy  
» succulenta y nutritiva con su correspondiente guiso vegetal.  
» Desde las mismas, una serie de carruajes distribuidores lla-  
» mados jocosamente *Gulasch-Kanonen* (cañones que dispa-  
» ran comida) — esparcen estos guisos por todos los ámbi-  
» tos de la Capital, y de uno de esos vehículos puede cual-  
» quiera adquirir lo suficiente para comer a menos coste que  
» el de producción. Desde entonces, cada semana vamos añá-  
» diendo una nueva central y de las cuales ya tenemos 30, dis-  
» tribuyendo diariamente cada una de las mismas, raciones  
» para 10.000 personas, o mejor dicho ración y media. En el  
» mes de julio último estos centros culinarios tomaron mayo-  
» res proporciones por cuanto las autoridades municipales  
» crearon también a su vez unos cuantos de esta clase. La ma-  
» yor parte de los manjares son luego llevados a domicilio.

» Las cocinas populares van abriéndose paso a través de  
» toda Alemania y aún creo que tendrán más éxito, pues abri-  
» go la convicción de que ha de llegar día en que *cada alemán*  
» sin *distinción de clases* será puesto a ración. Por lo demás,  
» nada tiene esto de particular encontrándonos como nos halla-  
» mos en una *ciudad sitiada*, pues esta es exactamente nues-  
» tra posición y a grandes males, grandes remedios; de este  
» modo todos nuestros artículos alimenticios serían convenien-  
» temente aprovechados y equitativamente distribuídos aca-  
» bando de este modo con el régimen de privilegios hoy día



» imperante, desgraciadamente, por la falta de patriotismo de  
» ciertas personas. »

Hasta aquí lo que dijo el ilustrado doctor Südekum. Por mi parte debo añadir antes de terminar, este capítulo, que esta magnífica idea que tan ansiosamente desea se convierta en realidad el partido socialista democrático alemán es, por supuesto, perfectísima en... teoría.

Pero no sé como se las arreglaría aún, con toda su energía y toda su actividad el dictador Bactocki para llevarlas a la práctica. ¿Porqué? Que se lo pregunten a los *agrarios*, la casta privilegiada de Germania, que no sólo no quieren hacer sacrificio alguno en provecho de la comunidad, sino que con la mayor obstinación tratan de arrancar el último céntimo del erario público y esto a la verdad resulta chocante que lo consienta una nación que se jacta de que el patriotismo que anima a todos sus súbditos es puro, santo, sin rival en el mundo y perfectamente desinteresado.







# ÍNDICE

|   | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| Prólogo . . . . .   | 5              |
| CAPÍTULO PRIMERO:   |                |
| A través de la frontera . . . . .                                     | 7              |
| Preparativos para el viaje . . . . .                                  | 8              |
| En la frontera . . . . .  | 10             |
| Precaución alemana . . . . .  | 12             |
| La batalla del Somne . . . . .  | 14             |
| CAPÍTULO II:  |                |
| Ocultando los heridos . . . . .                                       | 17             |
| Espectáculo inenarrable . . . . .                                     | 18             |
| ¡Circulen caballeros! . . . . .                                       | 20             |
| Los heridos son colocados en los carros de mudanza . . . . .          | 22             |
| Lo que significa la Guardia Prusiana . . . . .                        | 23             |
| Un caso desesperado . . . . .   | 25             |
| CAPÍTULO III:   |                |
| Carencia de grasas y aceite . . . . .                                 | 29             |
| Un banquete de Navidad . . . . .                                      | 30             |
| El espionaje en Alemania . . . . .                                    | 32             |
| El testimonio de un químico . . . . .                                 | 34             |
| Clase de comidas . . . . .  | 36             |
| Raterías que se cometen con los bonos de alimentación . . . . .       | 37             |
| CAPÍTULO IV:  |                |
| Extraña situación de los corresponsales neutrales en Berlín . . . . . | 43             |
| La censura lo avasalla todo . . . . .                                 | 45             |
| Karl von Wiegand . . . . .  | 46             |
| Un nuevo astro . . . . .  | 47             |
| Una propaganda a todo trance . . . . .                                | 49             |
| Tratamiento denigrante . . . . .                                      | 51             |



|  | <u>Páginas</u> |
|--|----------------|
| <b>CAPÍTULO V:</b>   |                |
| Mútua ignorancia. . . . .  | 57             |
| El efecto de la repetición . . . . .   | 59             |
| Equivocaciones inglesas . . . . .  | 60             |
| Lord Haldane . . . . .   | 62             |
| El idioma alemán en las calles de Londres . . . . .  | 65             |
| Como piensan los alemanes en la actualidad. . . . .  | 67             |
| <b>CAPÍTULO VI:</b>  |                |
| La vida de los prisioneros . . . . .   | 73             |
| El primer prisionero con quien hablé . . . . .   | 75             |
| Un inglés vestido de ruso . . . . .  | 76             |
| «Heiny» del ejército territorial . . . . .   | 78             |
| «Heiny» cansado de la guerra . . . . .   | 79             |
| <b>CAPÍTULO VII:</b>   |                |
| El temor a represalias ha impuesto a los germanos la necesidad de tratar humanitariamente a los prisioneros que guardan. . . . . | 83             |
| El registro de prisioneros se lleva en Alemania con gran escrupulosidad . . . . .  | 84             |
| Los paquetes de los prisioneros . . . . .  | 88             |
| <b>CAPÍTULO VIII:</b>  |                |
| De como el lector se dará cuenta de algunas evasiones efectuadas por los ingleses . . . . .                                      | 95             |
| Los únicos argumentos que entienden los prusianos . . . . .  | 96             |
| Algo sobre la fuerza encargada de la custodia de los campos de concentración . . . . .   | 99             |
| Atraviesa, de noche, un río a nado . . . . .   | 101            |
| Castigos que se imponen cuando la evasión se descubre . . . . .  | 103            |
| ¡Abajo con la lisonja! . . . . .   | 104            |
| <b>CAPÍTULO IX:</b>  |                |
| Odio que se siente contra las clases elevadas . . . . .  | 109            |
| Apretando las clavijas. . . . .  | 110            |
| Las noticias sobre la precaria situación de Alemania van poco a poco saliendo a la superficie . . . . .                          | 112            |
| Reservas alimenticias . . . . .  | 114            |
| El ganado de cerda . . . . .   | 115            |
| Existe hoy día en Alemania una clase que es odiada por el pueblo . . . . .   | 117            |
| El aprovisionamiento se lleva a cabo con el mayor desbarajuste . . . . .   | 119            |
| Vehículos que distribuyen la comida . . . . .  | 121            |









Precio: 2 pesetas





SM  
897